

ALTAR Y TRONO.

REVISTA HISPANO-AMERICANA,

REDACTADA POR LOS MAS CONOCIDOS ESCRITORES CATÓLICO-MONÁRQUICOS,

Y DIRIGIDA POR LOS SEÑORES

D. A. J. DE VILDÓSOLA Y D. VALENTIN GOMEZ.

SUMARIO.

El sofista, por el Excmo. é Illmo. Sr. Obispo de Javn.—La idea fija, por D. A. J. de Vildósola.—El cristianismo histórico, por D. Juan Gonzalez.—El clero y la Revolución, por D. A. J. de Vildósola.—VIRGINIA, ó Roma en tiempos de Neron: novela escrita en francés por Villefranche, y traducida por D. Francisco Melgar (continuación).—Revista de la semana.—Correspondencia extranjera.—El Episcopado español y la revolución.—Anuncios.—Con este número se reparte además el pliego 3.º (16 páginas) de la obra escrita en francés por E. Lasserre, y traducida por don V. Gomez, titulada *Las Serpientes*.

EL SOFISTA.

Ciertos oficios requieren especial índole en quien los ha de cumplir y desempeñar. No basta un genio emprendedor, ni la inventiva fácil, ni la imaginación pintoresca y fecunda, ni aun alcanza á dominar los asuntos sofisticamente tratados el talento mas claro y flexible. Necesítase para la profesion de sofista, á mas del cálculo y de la perfidia, la espera del mal intento y la calma del odio. No vale para sofista el que no sabe herir sin piedad, y el que no tiene la fruición del dolo y del engaño. Ese hombre no ha de ser locuaz ni decidor; no ha de ser elocuente, ni ha de tener corazón, ni ha de hacer caso de su alma. Con que aceche bien para no errar el golpe; con que reduzca los recursos de su ingenio á lucir la suspicacia, guardando silencio, concentrando iras, simulando sentimientos delicados, fingiendo grandeza de alma y elevación de miras, dando al arte el honor de ser celebrado, aunque la obra sea vituperable, el efecto llega á ser un hecho, ídolo único del artífice.

¡Con qué destreza trae y lleva los asuntos! ¡Con qué malignidad cita! ¡Con qué género de malos celos acota! ¡Cuánto veneno sudan sus elogios, y cuánta deshonra envuelven sus alabanzas! Para el sofista todo es masa á propósito. Así aprovecha la ciencia y la erudición al construir la estatua que quiere levantar, como se burla de la erudición y de la ciencia, logrados sus fines. Todo le viene á mano, y todo lo aplica con oportunidad funesta. Dijérase de él que conoce el secreto de todas las iras para aunarlas, y que comprende el secreto de todas las amarguras para derramarlas gota á gota ó á borbotones sobre la víctima objeto de sus ensayos.

De ordinario no mata ni hiere desenvainando la espada. Su arma es un verdadero cuchillo de palo, que si bien desangra, obra mayores estragos al salir, produciendo la muerte por escoriación. ¿Cómo ha de hacer menos? ¿Cómo ha de hacer mas? Desleal á su entendimiento, é infiel á su corazón, viene desde luego con la misión de desgarrar, seco él y desgarrado en odiosa expansión de iras y de hiel. No mira de frente, ni observa

ni conoce la vigilancia. Todo lo ha de malear y corromper. Su actitud es taimada; busca flancos y salidas, indaga con simulada imparcialidad, aparenta circunspección, no arriesga aprobaciones ni censuras, guarda para sí y consagra á sus fines cuantos medios le sugieren sus recelos, ayudados del epigrama chispeante y del agudo sarcasmo.

No es ni cumple al sofista aparecer denodado ni decidido. Hombre de ocasión y de caso, está siempre como en reserva para determinar lances, preparando soluciones. Quien le mire de frente, creerá que nada dice su fisonomía y que nada revela su gesto, y así debe ser. El sofista no traspira, no se trasparenta, no hay en él mas indicio de sus maquinaciones que el talento en velar sus ideas y en encubrir sus propósitos. Su arma poderosa es la conciencia, dominada por la asechanza y por la astucia. Inspirado siempre en las argucias, é inspirándose en la prevision de efecto determinado, convoca y hace concurrir á producirlo á toda clase de agentes, sean buenos ó malos, parciales ó adversarios, buscando con sagacidad diabólica lo mismo el hilo y los nudos de la trama, que el desenlace y los provechos del enredo. Si alguna vez fracasa el plan, él sabrá rehacerlo trayendo y llevando personajes, contando y recontando los auxiliares, casando asuntos y emparejando incidentes. ¡Ya se ve! Como solo se trata de habilidad, poco importa que las actitudes sean propias, y concertados los movimientos. La idea es someter á un plan invariable todos los principios, todas las afecciones, lo mismo la buena fortuna que los reveses. ¿Qué no invoca el sofista? ¿De quién no se vale? ¿Qué le importa lo blanco ni lo negro, lo deforme ni lo agraciado? Hágase todo fiel tributario de su terca malignidad, y que luzcan ó se apaguen las lumbres de la honradez y de la ciencia. Es imposible fingirse un monstruo mas abominable que el sofista. Frio, indiferente y obstinado en su tema de ofender y de injuriar, parece reanimarse y cobrar fuerzas en el acto mismo de clavar el dardo. Para entonces la viveza del colorido, para entonces la poesía sentimental, para aquel entonces el pulso, el tino y el acierto. No; no saldrá ileso de su tiro el ave apuntada por el ceño reflexivo del sofista. Si no cae de pronto, de pronto mostrará ir mal herida. Aplaudirán unos y compadecerán otros; unos hablarán mal de lo mal hecho, otros dirán simplezas, esparcirán rumores ó abrigarán dudas. En tanto el sofista es sofista, esto es, desconcierta los ánimos y siembra zizaña, vientos y discordia.

Silencioso, tético, ensimismado, concentra sus iras

y depura la forma de inocularlas, dando tono á la justicia, á la razon y á la dignidad, para convertir en baldon de las personas los elogios hechos á la virtud, y á fin de que las alabanzas se conviertan en vituperio. Tal es su arte y la combinacion de sus medios. Desde luego hay que considerar al sofista el hombre *sine affectione* de que hablan las Escrituras. Cuando pone sus talentos al servicio de una causa, no ve en ella mas que la satisfaccion de miras propias y de agravios personales. Será hoy el abogado sutil de la desgracia y del infortunio, si defendiendo á los atribulados satisface sus celos malignos contra personas determinadas, y mañana encontrará disculpa, y pedirá generosa indulgencia para el agresor y en favor de los bandidos. Donde haya fondo de bien, de probidad, de consecuencia y de compasion, allí estará la intencion del sofista notando lances y acotando especies para formar contrastes de deshonor y desolacion que desgarran la entraña de ciertas víctimas. Tal es el encargo de sus estudios y el empleo de sus talentos.

Parece que se eleva y contempla, que espiritualiza y se estasia, cuando en realidad su vuelo artificioso es para enseñar desde lo alto, y que por todos sea visto, el personaje que intenta precipitar. No se eleva, no: es que acecha y frunce el ceño para mas determinar la accion, y para herir con mayor acierto el punto céntrico de la vida. Su estudio son el cálculo y el negocio, vigorizando celos y ejerciendo venganzas. Su filosofía es á modo de infusion ponzoñosa, que revuelta ó posada, causa muerte segura. Sentencioso y agudo, se impone á la razon de los demas, satisfecho de haberlos sorprendido.

¡Cuánto deben temerle sus aliados! ¡Cuánto deben maldecirle! ¡Cómo le despreciarian si pudieran despreciar sus inicuos servicios! No tiene amigos. Es buscado, y se le solicita como quien busca lumbre en tiempo frio. ¡Parece increíble! El fuego de la malignidad solo arde en corazones helados. Las almas tibias llevan sello de santa maldicion. Cuando se apela á los que maldicen con urbanidad, y se ensañan con limpia frase y culta palabra ¡no hay que dudar! bien se declara que para tales oficios no vale la honradez, ni basta el talento; es preciso apoderar al sofista. Para entonces guárdanse las gotas de hiel, destilada, si cabe, como en punto de corrosivo.

¡Hombre desdichado! Verdugo á sangre fria de honras ajenas, desempeña el cargo de ejecutor, ganando prez de habilidoso. Tiene ademas los provechos del aplauso y la importancia del hombre necesario; pero siempre verdugo, siempre ejecutor de fallos siniestros. Los mismos que de él se valen y celebran su mirar alevoso, no le confiarán el secreto de su honra, ni la defensa de su dignidad, como esa honra y esa dignidad merezcan ponerse bajo el patrocinio de honrados jurisconsultos. No; no faltará el buen sentido hasta el punto de conceder títulos de gloria al desalmado sofista.

Jaen 1.º de setiembre de 1869.

EL OBISPO.

LA IDEA FIJA.

I.

No porque en nuestros últimos números, ante la gravedad de los acontecimientos de la Península, ha-

yamos dejado de ocuparnos de la cuestion de Cuba, la hemos olvidado un solo instante. Si la ansiedad de la crisis española no nos permitia coordinar los hechos, las noticias y la actitud de ciertos paises y de ciertos personajes en lo que toca á la cuestion cubana de modo que pudiéramos presentarla en su estado actual, ninguno de esos hechos, ninguna de esas noticias, nada de lo que ofrece interes é importancia ha pasado inadvertido para nosotros, que nos prometíamos apreciarlo en su dia con la imparcialidad que nos impone la conciencia, pero tambien con la energía que nos demanda el patriotismo.

Los hechos, contra lo que esperábamos, no han decidido todavía la cuestion, y no parece que han de decidirla en algun tiempo; las noticias ofrecen, en medio de su vaguedad, no pocas contradicciones; en cuanto á la actitud de ciertas potencias y de ciertos personajes, hay mucho que decir, porque en esto se descubre la verdad de las intenciones y la verdad de la situacion.

II.

¡Es cosa singular! Unidos ya á Cuba por dos cables, con dos expediciones mensuales á dia fijo que aseguran las comunicaciones, servidas tambien por las líneas inglesas y francesas á Nueva-Yorck y Veracruz, nos encontramos, en punto á saber lo que pasa en Cuba, lo mismo ó peor que cuando una vez al mes, y debiendo contar con el viento, salia de Cádiz para la Habana, y de la Habana para Cádiz, un buque-correo. Por lo demas, si hemos de ser francos, el hecho saliente entre todos los de los partes oficiales y los de las cartas particulares, da triste idea de nuestra situacion, porque es el del bloqueo y sitio de Puerto-Príncipe por los rebeldes, á quienes se nos presentaban vencidos y á punto de disolverse.

¿Habrà sido eso un mero alarde, con el que se queria lograr un fin político en los Estados-Unidos, ó ha sido, al contrario, una verdadera demostracion de fuerza y pujanza? Dificil es decidirlo: por el éxito del bloqueo y del sitio, y á juzgar por las noticias oficiales de hechos de guerra, parece lo primero; pero por lo que dicen esas peticiones de refuerzos en grande escala que van á satisfacerse ahora, se podria creer que los rebeldes se encuentran en posicion, en algunos distritos al menos, de tomar la ofensiva, y de todos modos no se puede negar que el efecto ha sido muy malo entre los españoles, y que de él han sacado gran partido nuestros adversarios. Pero ¿cómo, por otra parte, con las fuerzas de que dispone y con los recursos con que cuenta el nuevo capitán general Caballero de Rodas, de cuya decision y energía no puede dudarse, aun continúa la rebelion, exigiendo considerables refuerzos para nuestras tropas?

Aquí hay algo indudablemente que no ha llegado á conocimiento del público. Dias pasados, *La Reforma*, si no estamos equivocados, indicó que el Sr. Escalante, en sus últimos momentos, habia hecho algunas graves revelaciones acerca de la conducta de algunos jefes militares de Cuba; lo que allí pasó con Dulce y otros no se ha olvidado todavía, y claro está que en la carencia absoluta en que se nos tiene por este gobierno, tan amigo de la publicidad, en cuanto á lo que pasa en la Isla, no se puede menos de buscar una explicacion de hechos, que de otro modo no la tienen, en las indicaciones privadas que de

tiempo en tiempo misteriosamente salen á luz. Pero de esto hablaremos mas adelante.

Tenemos, por de pronto, que la lucha no ha concluido en Cuba, y que su término no aparece próximo: sin embargo, es preciso terminarla si se quiere conservar la Isla, hoy mucho mas amenazada que por los rebeldes, por la actitud de ciertas potencias extranjeras y de ciertos personajes de quienes se puede asegurar que nada tienen de españoles.

III.

Con el alma desearíamos averiguar de quién ha salido, entre otras del mismo género, pero de menos importancia, la noticia de que en la Habana, entre los voluntarios, se habia descubierto una conspiracion en favor de Céspedes, el jefe de los rebeldes. La procedencia de esa noticia nos daria la clave de muchas cosas que hasta ahora no comprendemos.

Hemos revisado escrupulosamente todos los periódicos y todas nuestras correspondencias de la Isla, y nada hemos visto que indicase tal hecho; todo al contrario, lo desmienten del modo mas terminante, porque no acaban los elogios que se nos hacen de la decision de los voluntarios y del excelente espíritu de toda la poblacion peninsular que no figura en el cuadro de los empleados. De los rebeldes, que odian de muerte á los voluntarios, tampoco ha partido la noticia, porque con esa referencia la hubieran publicado, como publican las demas, los periódicos *yankées*; estos tampoco han podido inventarla, ni aparecê con los caracteres que señalan generalmente sus invenciones, y, en suma, si se la sigue la pista, solo se encuentra su origen en la intencion de algun enemigo, no franco, pero decidido de los voluntarios, que busca una venganza en el rompimiento de las buenas relaciones en que viven afortunadamente los voluntarios con la autoridad superior militar de la Isla y con las tropas que defienden allí los intereses de la patria y el honor de su pabellon.

La noticia no es cierta: es de todo punto falsa; y si su importancia estuviera en su exactitud ó en su falsedad, nos bastaria admitirla, sin fijarnos mas en ella; pero no es así: la importancia y la trascendencia de la noticia están en ella misma, independientemente de su falsedad, y por eso nos parece oportuno insistir en este punto, llamando la atencion de nuestras autoridades de Cuba y de los voluntarios, para que ni unos ni otros se dejen sorprender. El objeto de su inventor se habria logrado completamente si por una parte la autoridad militar de Cuba, puesta en guardia, alejara de sí á los voluntarios, y si los voluntarios, que á su vez entrarían en recelo, vigilasen á su jefe superior; de las desconfianzas de unos y otros á la hostilidad abierta, no habria mas que un paso; y la hostilidad, cuando el capitan general y los voluntarios estuvieran respectivamente convencidos de su recta intencion y noble conducta, sabe Dios qué conflictos podria producir en daño de unos y de otros, y de España, y para el triunfo inmediato de la rebelion.

Toda prevencion es poca cuando se trata de hombres para quienes todos los medios son buenos. No es lícito á nadie el poner en duda la lealtad y la decision de los voluntarios cubanos, atestiguadas por los mas nobles sacrificios y la mas inquebrantable conducta, en cerca de

un año de una ruda campaña; tampoco á la ligera se puede desconfiar, desautorizándola y desarmándola por eso solo, de la autoridad principalmente encargada de sostener allí nuestro derecho, en el que radica la prosperidad y la vida misma del pais; unidos, por tanto, para la ocasion, estenlo igualmente contra la vil asechanza: que todo eso, por cierto, lo necesitan, no para vencer á los rebeldes con quienes luchan, sino para dominar lo que en beneficio de esos rebeldes se fragua en criminal connivencia en Nueva-Yorck, Lóndres y Paris, á la vez ¡ay! que en Madrid.

IV.

Casi todos los periódicos de los Estados-Unidos dicen, los unos en son de triunfo, los otros como si lo lamentaran, que tan pronto como se reuna el Congreso en diciembre, el presidente Grant no podrá resistir á la presion popular, y habrá de seguir el ejemplo de Chile y del Perú, reconociendo á los rebeldes de Cuba la condicion de beligerantes, con las consecuencias desastrosas para España á que eso ha de dar lugar. Al mismo tiempo el *Times* de Lóndres, aparte de que condena á España y alaba á sus hijos ingratos, examina los resultados que ha de tener la actitud, para él indudable, de los Estados-Unidos en la cuestion, y deduce de todo que debemos apresurarnos á hacer un arreglo con los rebeldes, que á ellos les dé el triunfo, y á nosotros una compensacion.

Tres periódicos, *La France*, *La Liberté* y *Le Gaulois*, estos dos últimos íntimamente relacionados con el general Prim, miran las cosas por el mismo prisma que el *Times*, y llegan á una conclusion idéntica, solo que al arreglo con los rebeldes creen preferible para España la venta de la Isla á los *yankées*, de quienes saben están dispuestos á la compra ya señalada en las instrucciones que tambien saben ha traído el general Sitkles á Madrid. Por último, no creemos inferir injuria ninguna á cierto anónimo corresponsal de *La Época* si afirmamos que en todos sus escritos se va á parar á la idea del *Times* ó á la de *La France*, al arreglo con los rebeldes y á la venta á los anglo-americanos, como no creemos tampoco inferir injuria ninguna á los periódicos que han salido ahora entre nosotros pidiendo con exigencia reformas liberales para Cuba, al sostener que eso seria lo que mas pronto y con peores condiciones podria determinar lo que desean los ingleses, los franceses y los españoles que redactan *La Liberté* y *Le Gaulois*.

¿Á qué hemos de negarlo? Lo que dicen los periódicos *yankées* acerca de su actitud, es grave, muy grave, y lo es tambien la actitud en que ya se han colocado dos periódicos como el *Times*, que suele espresar los sentimientos del pueblo inglés, y *La France*, que pasa por ser eco del ministerio de Negocios extranjeros en el gobierno imperial.

El interes de Francia é Inglaterra, potencias coloniales, parecia defendernos contra una agresion de los Estados-Unidos, y es indudable que hasta hoy, indirectamente, las ha contenido, lo cual hace mas y mas probable que, en efecto, al reunirse el Congreso en Washington, se reconozca á los rebeldes cubanos el carácter de beligerantes. ¿Y cuánto tiempo, dados estos precedentes, y hecho eso por el gobierno de la Casa Blanca, tardarán en imitarle el de Saint-James y el de las Tullerías?

¿Y qué sucederá, visto lo visto, después de esa declaración?

Sin embargo, todavía confiaríamos en que, el valor de nuestros soldados y la decisión de los voluntarios habrían de dejar sin efecto las intenciones de los tres gabinetes, acabando definitivamente con los rebeldes, si no viéramos que entre nosotros se da á la rebelión su mayor fuerza.

V.

Tenemos la idea fija de que hay quienes entre nosotros abrigan la idea fija de entregar ó abandonar á Cuba; que entre los rebeldes cubanos y los principales autores de la revolución de setiembre ha habido buena amistad y grandes compromisos, es una cosa sabida é indudable; que antes y ahora, de parte de esos personajes que fusilan y encarcelan sin piedad á sus compatriotas inocentes, hay, respecto de los criminales cubanos, escesivas consideraciones y estrañas contemplaciones, es cosa que está á la vista; que un periódico enteramente ligado á Prim fue el primero que habló de la venta de Cuba, pero después de haber dicho Prim en la Asamblea que *esperaba encontrar dinero que no costara dinero*, es cosa que facilísimamente puede probarse; que ahora mismo la idea de reformas liberales para Cuba, cuyo resultado funestísimo se tocó al llevarlas Dulce, ha salido de periódicos muy ligados al ministerio, es cosa que por su evidencia no necesita probarse. ¿Cabe, preguntamos, después de esto, que aquí no haya un plan, y cabe que el plan sea otro que el de entregar, vender ó abandonar la Isla?

Sin duda esto no se declara aun, porque España no lo consentiría; pero la declaración, que llegará á su tiempo, no hace falta para que las cosas sigan el curso que se las marque; sin duda el gobierno envía refuerzos á Cuba; pero así se calma la alarma, y poco vale lo que para concluir la insurrección se envíe por un lado, si lo que se mande por otro lo anula por completo.

Porque no hay que hacerse ilusiones ni velar la situación. Llegamos ya al mes de diciembre, y si, prescindiendo de consideraciones, no se acaba con los rebeldes, ó si, arrojados de los campos por las bayonetas, hallan un asilo en las ciudades por las leyes, la Isla está perdida, y España vencida y deshonrada. Reconocidos los rebeldes como beligerantes, ya no les faltarán recursos ni filibusteros: la lucha será eterna, y nuestros soldados perecerán allí á millares. Los voluntarios se convencerán de que son inútiles todos sus sacrificios para sacar á salvo sus vidas y sus intereses con el triunfo de España, y en seguida se podrá defender lo que hoy nadie se atreve á indicar, y no se tardará en hacer, considerando como un bien lo que hoy nos llena justamente de indignación y rubor. Todos los enemigos de España, en España y fuera de España, habrán triunfado; nos quedaremos sin la última prenda de nuestras glorias pasadas, reducidos á potencia de cuarto orden, sin honra y sin fortuna, en un suelo talado por los pronunciamientos, las insurrecciones y la guerra civil.

VI.

Es preciso que la Asamblea no se haga cómplice de ese porvenir, al menos por lo que respecta á Cuba, como

ya lo es por lo demás; todavía ella puede remediarlo todo. Aborde desde luego y resueltamente la cuestión de Cuba; residencie á Dulce, residencie á Serrano y Prim, y declare de antemano, porque lo son, traidores á la patria y dignos del último castigo á los españoles que traten de vender el territorio regado con la sangre de sus hijos, y que auxilién, de cualquier modo que sea, á los enemigos de España, que con la sangre que traidoramente derraman escriben su apología y nuestro baldón.

¿Desoirá la Asamblea que se llama *nacional* la voz que sale del corazón del país?

A. J. DE VILDÓSOLA.

EL CRISTIANISMO HISTÓRICO.

I.

Como hay un escepticismo de doctrina, hay también otro relativo á los hechos. La Iglesia, que en el siglo xvi vió nacer la última de las herejías, está ahora oyendo el último de los absurdos. La escuela luterana había de conducir precisamente los espíritus, no ya como quiera á la negación de todas las verdades, ó, lo que es lo mismo, á la duda dogmática, sino al contrasentido, al absurdo, á la absoluta negación de los hechos históricos más palpables y más universales que el género humano ha reconocido. Mientras Leibnitz detenía por una parte con la fuerza de su grande ingenio, sobre la resbaladiza pendiente de la duda, á la Iglesia luterana, y mientras por otra el protestantismo alemán se vió precisado á luchar contra la reacción católica que le amenazaba en todos conceptos, natural fue que los principios proclamados por el rebelde hijo de Eisleben no se desarrollasen con la libertad, y en la grande escala en que estaban llamados á obrar. A Leibnitz sucedió Wolf, hombre que respetaba, es verdad, la revelación tanto como su maestro, pero que exagerando en la práctica y en la enseñanza las pretensiones de la razón humana, tanto para sostener el dogmatismo de su escuela, como para responder á las exigencias siempre crecientes de la razón reinante ya, lejos de contener, dió nuevo empuje á la lógica protestante.

Como no era posible que el protestantismo adoptase de un golpe y sin preparación el sistema de negación completo respecto del Evangelio y de los hechos históricos que en él se consignan como base de la fe cristiana, la escuela luterana ha tenido que atravesar todos los grados por donde pasa la lógica antes de llegar á los absurdos. La escuela de Lutero es la escuela-madre, y con razón se llama la *última herejía*, no á la negación de este ú otro dogma particular del catolicismo, sino al principio que sirve de fundamento á las interpretaciones y exposiciones protestantes. La escuela luterana fue primero anti-católica, después anti-cristiana, luego racionalista, y por último anti-histórica, para venir á hacerse absurdamente escéptica.

Tras la escuela que podríamos llamar puramente luterana, se presenta luego la escuela de Semler, profesor de la Universidad de Halle, racionalista cuyo destino parecía ser enseñar á los hombres que cuando se sepa-

ran de la tradicion de la Iglesia universal, no hay para los caprichos del pensamiento humano obstáculos invencibles que oponerles. El cristianismo, en ese sistema, unas veces aparecia como el conjunto de unas pocas ideas religiosas fundamentales que los hombres y el tiempo habian recargado con ornamentos superfluos, y otras, era como encerrado en el breve símbolo de los Apóstoles. Las condiciones y pruebas de la autenticidad de los libros sagrados no fueron ya apreciadas, y á cada fiel se le dijo que podia admitir ó desechar, segun la conviccion interior se lo aconsejare, no solo el testimonio de un libro, sino todo el libro, y llegado el caso, hasta todos los que llamamos, y son, santos é inspiradas. El mismo cánon de la Iglesia luterana quedaba tambien con este sistema espuesto á próxima ruina, lo que obligó á Semler á moderar algun tanto la absoluta aplicacion de sus principios.

En la escuela protestante, allí donde vemos detenerse un pensador por miedo á las deducciones revolucionarias, allí debemos suponer que ha de nacer ya, mas tarde ó mas temprano, otro sistema que lleve á cabo lo que se dejó de hacer en el anterior. Despues de haber aplicado Semler en la exegesis religiosa los principios protestantes, vienen otros despues á aplicar en mas ancha escala los de Semler, cuyo sistema acomodaticio y de mutilacion, mejor dicho, para interpretar las Sagradas Escrituras, tenia por necesidad que dar sus frutos. El panteista Schleiermacher, para quien no habia mas hombres que Platon y Espinosa, se encarga de llevar adelante los principios de Semler, presentando á los fieles como una religion la impía mezcolanza de las impurezas espinosistas y de la divina palabra evangélica. El cristianismo, pues, no es á sus ojos mas que un paganismo perfeccionado; de modo que, segun esto, el paganismo no fue mas que un cristianismo incompleto. Aunque no quiere para Jesucristo mas cetro que el de caña, que por burla le dió Herodes, ni otro manto real que la túnica puesta sobre sus hombros por los soldados romanos, sin embargo, todavia le concede como por generosidad el privilegio de no haber manchado jamás con la corrupcion la pureza de su alma.

II.

Al mismo tiempo que Schleiermacher iba preparando el camino á los que luego habian de atacar al cristianismo histórico, Wette, profesor tambien en Berlin, y propagador en Basilea, á donde se refugió en 1819 por una causa puramente política, del escepticismo religioso que mina hoy á Suiza, se obstinaba en destruir todo el Antiguo Testamento, para dejarsin preparacion el Nuevo, y abrir por este lado la mas ancha brecha en la muralla de la fe católica. No siendo el primero mas que una mera leyenda, una epopeya sacerdotal, ó el confuso eco de los cantos populares de Canaan, el segundo queda ya sin sus estensas é inmortales raices en las entrañas de todo el género humano que le presiente por sus patriarcas, le anuncia por sus profetas y le prefigura por sus sacerdotes. El filósofo Wette no se atrevia aun á combatir de frente al cristianismo histórico; pero él, cuyos caminos le fueron preparados por Semler y por otros, prepara á su vez el último término con su cristianismo fundado sobre una conviccion interior independientemente de los

hechos históricos, á Strauss, llamado con razon el *Voltaire del protestantismo aleman*.

Ya no hay nada que decir despues de haber escrito Federico Strauss la *Historia de la vida de Jesus*. La escuela protestante ha dado ya la última leccion mostrándose toda, tal cual es, en el libro del profesor de teología de Zurich. Nadie se habia atrevido á revelar el secreto de las escuelas luteranas, hasta que Strauss, menos hipócrita ó mas lógico que los otros teólogos protestantes, ha dicho al mundo: *La historia cristiana es una fábula*. El catolicismo, pues, puede considerar como un triunfo el que sus adversarios se vean arrastrados por la fuerza de sus propios principios á caer en los abismos del escepticismo histórico. El árbol ha dado ya todo su fruto. Negando el dogma, negando la autoridad, negando la Iglesia, negando hasta la existencia de Dios, aun no lo habia negado todo el protestantismo. Tenia que negar la historia; tenia que negar los hechos; tenia que hacer ciego y estúpido al género humano, y ha cumplido perfectamente su mision. Negar *el cristianismo histórico* para abrazar el mas absoluto pirronismo en el orden de los hechos, es ya lo último que le restaba que hacer al principio del libre exámen.

Nada, segun este sistema, es histórico ó verdadero en la vida de Jesucristo. Que existió un personaje llamado *Jesus*, no tiene reparo Strauss en pasar por ello; pero su carácter sobrenatural y sus hechos históricamente maravillosos, no puede aceptarlos la lógica del filósofo aleman. Los milagros para él son mitos dogmáticos. La tentacion en el desierto es un mito deducido del Antiguo Testamento, y mítico es igualmente el número *doce* que se refiere al apostolado. La Transfiguracion es otro mito sacado del *Éxodo*. Toda la historia del nacimiento de Jesus no es mas que un conjunto de mitos filosóficos ó dogmáticos, inventados para apoyar ciertas opiniones formadas antes acerca del Mesías. Como se creyó que habia de descender de David, se forjaron á propósito de esto sus dos genealogías. Un oráculo mal entendido de Isaías habia hecho creer que el Salvador habia de nacer de una vírgen, y para amoldar á este anuncio el hecho, se inventó el mito de la maravillosa concepcion de Jesus. Como estaba igualmente predicho que habia de aparecer por primera vez en Belen, las leyendas lo dieron por hecho, para no dejar desairado á Miqueas. La adoracion de los pastores es un mito bucólico, y la llegada de los Magos, la presentacion y la profecía de Simeon en el templo y la conversacion de Jesus con los doctores á la edad de doce años, nada de esto es histórico. Jesus no predijo tampoco sus sufrimientos. Las agnías de Gethsemaní han sido inventadas para dar un interés profético á sus últimos instantes. En la crucifixion todo es igualmente mítico. Simon de Cirene, la alocucion de Jesus á las hijas de Jerusalem, las siete palabras pronunciadas en la Cruz, los dos ladrones, los insultos de los verdugos, la túnica puesta á suerte, todo ha sido imaginado para fingir el cumplimiento de las profecías. El estremecimiento de la tierra, la lanzada, el sepulcro y los guardias, son puras leyendas, así como su resurreccion y su ascencion á los cielos.

Todavía mas. Strauss, dice Quinet, resume su doctrina en esta especie de logogrifo metafísico: «Cristo no es un individuo, sino una idea, ó mas bien un género;

á saber, la humanidad. El género humano es el verdadero Dios hecho hombre, hijo de la Virgen visible y del Padre invisible; esto es, de la materia y del espíritu. Este es el Salvador, el Redentor, el impecable, el que muere, el que resucita, y el que sube al cielo. Creyendo en este Cristo (en el género humano), en su muerte y en su resurrección, es como delante de Dios se justifica el hombre.» Aquí se ve, por una parte, la aniquilación, digámoslo así, de Cristo; y por otra, la deificación del género humano: ideas horribles cuya perniciosa influencia se está dejando sentir en la literatura, en la política y en la sociedad contemporánea.

¿Teníamos ó no razón para decir que al protestantismo no le falta ya ningún absurdo que acoger ó inventar? Sin embargo, como no bastan los sueños, ni los delirios, ni las negaciones para destruir diez y nueve siglos, no debemos creer bajo su palabra á los inventores del sistema mítico-cristiano. ¿No encuentran en este sistema algunas imposibilidades, así los filósofos alemanes como sus pasantes los filósofos franceses? Hé aquí lo que conviene mucho dilucidar.

III.

El siglo de Augusto era el menos á propósito para hacer de él una época mitológica. En primer lugar, se veían dominados en aquel tiempo los espíritus por el mas soberbio olvido del mundo invisible, por los placeres y las pasiones mas desenfrenadas, y por el desprecio hácia el género humano, con todas sus exageraciones. El sarcasmo y la ironía se usaban con el mas repugnante desenfreno. Suponiendo un autor moderno que los enemigos del cristianismo histórico podrian hallar una salida para las dificultades que se les presentan contra el sistema mítico, recurriendo á la diferencia de climas, les habla en los términos siguientes, que copiamos con exactitud para que nada pierdan de su valor y fuerza.

«Concedemos, dirán, que ese era, en efecto, el estado de Occidente al predicarse allí el Evangelio; pero no es en los palacios de Séneca ni en los jardines de Nerón donde el cristianismo ha nacido, sino en el Oriente *místico y visionario*, y en medio de pueblos fáciles de seducir es donde fue levantada la Cruz. Luciano no estaba en Jerusalem ó en Samaria para destruir con sus amargos epigramas los delirios y visiones de los pescadores galileos.»

Esta es la objeción en toda su fuerza, y basta meditar un poco los hechos para pulverizarla. El Oriente de aquel tiempo no se parecía en nada á las sociedades inmóviles y degradadas de la alta Asia y del Asia meridional. Los soldados de Alejandro y de Roma habian llevado á toda la region occidental de aquella parte del mundo su ciencia y su literatura. San Pablo era ciudadano romano, y á los atenienses les citaba sus sabios y sus poetas. En Jerusalem, aun en tiempo de Jesucristo y de los Apóstoles, habia epicúreos decididos que trataron de combatir con sarcasmos lo que se decía de la resurrección. La dominación intelectual de Roma se habia extendido, como sucede siempre en semejantes casos, con el triunfo de sus armas. Pero aunque así no fuese; aunque por una ficción insostenible se quisiera igualar el Asia greco-romana á las sociedades inmóviles del Asia oriental, nada con eso ganarian los adversarios del *Cristia-*

nismo histórico. Porque no es en Babilonia, Persia y Arabia donde la primitiva Iglesia hace los mas grandes progresos, sino que va animosamente á poner sus tiendas en las ciudades mas sabias, mas escépticas, mas inquietas y mas corrompidas del mundo romano. Á Antioquía, á Éfeso, á Alejandría, á Atenas, á Corinto, á Roma, en fin, es donde se dirige para ofrecer á los ojos de los mismos filósofos la cruz que debia de purificar la humanidad toda entera. ¿Era eso evitar la luz? ¿Era huir del exámen? ¿Era buscar las poblaciones imbéciles y crédulas? ¿Se forman de este modo las leyendas? ¿No tenemos derecho para decir, con J. J. Rousseau, que los hechos de la vida de Sócrates, de quien nadie duda, están menos atestiguados ó comprobados que los de la vida de Jesucristo?

Antes, pues, de dejar la Judea, era preciso que la nueva doctrina venciese dificultades inmensas. Porque la Palestina se hallaba en aquella época como cercada por la sociedad pagana; pues por un lado la Judea tenia á sus puertas en Egipto la célebre ciudad de Alejandría, con sus gimnasios, sus escuelas, su famosa biblioteca; por el Oriente tenia á la Arabia, á donde por huir de la opresión de Roma habia ido á refugiarse una buena parte de la ciencia griega; hácia el Norte veia á sus puertas las ciudades del Asia menor, asiento casi todas de la ciencia contemporánea, como Pérgamo, Tarsis, á donde iba á instruirse la misma juventud romana, y cuyas escuelas, segun el testimonio de Strabon, escedian á las de Alejandría y Atenas; y Antioquía, en fin, donde tantos hombres instruidos, como afirma Ciceron, vivian y brillaban. El cristianismo, pues, al salir de la Judea, tuvo que atravesar todos esos diversos centros de conocimientos históricos, críticos y filosóficos, que mas habian de serle injustos que favorables.

¿Cómo, pues, ninguno de aquellos centros, ninguno de aquellos filósofos y poetas, enemigos todos de la cruz, vió lo que Strauss ha visto despues de diez y nueve siglos?

IV.

No era, por lo tanto, la época de Augusto la mas á propósito para ser mitológica en el sentido que suponen los adversarios del cristianismo histórico; debiendo ahora añadirse que, caso de ser una pura leyenda la historia cristiana, esta no pudo ser fraguada mas que en el seno del pueblo hebreo; y semejante suposición es insostenible.

Los fariseos orgullosos, políticos y avaros, con sus almas egoistas, con sus cuestiones minuciosas, con sus humos de aristocracia; los saduceos, con sus sarcasmos y placeres, es imposible que hubiesen podido inventar el Evangelio, y ofrecer á las primeras comunidades cristianas el ideal purísimo de la vida y de las doctrinas del Redentor. Y aunque por otra parte quisiera decirse que el Evangelio fue la epopeya del pueblo hebreo para llorar con dolorosa poesía sus desgracias, y en ellas encontrar consuelos, basta tener sentido comun y conocer lo que es la multitud, para no dejar de advertir que en tales casos la poesía de los pueblos oprimidos y desgraciados, en vez de ser dulce y apacible como el admirable sermón de la montaña, es siempre un cántico de guerra y de sangre. El Mesías que esperaba el pueblo hebreo no era el del

Pretorio y del Gólgota, sino un formidable descendiente de David y de Asá. Su héroe, su caudillo, su Mesías y Redentor habría sido el que hubiese comenzado su misión pisoteando las águilas triunfantes. Así que, lejos de que el pueblo hebreo pudiese fingir la vida y las palabras de Jesús, apenas pudo nunca comprenderlas, entendiéndolas siempre en el sentido de la antigua ley, que era el sentido material. La idea de la Encarnación, que es tan fundamental en el cristianismo, es á la que más antipatía ha mostrado siempre el pueblo judío; y no es de suponer que renunciase á ella para celebrar y embellecer la pobre cuna del Niño de Belén.

Pero hay además un hecho importante que revela la imposibilidad de que pueda considerarse como un mito la historia cristiana. La escuela mítica quiso, en efecto, introducirse en la historia del cristianismo, inventando leyendas populares y maravillas pueriles, groseras, absurdas, y algunas veces hasta impuras y bárbaras; pero encontró en los primeros fieles una resistencia tan decidida, que casi puede mirarse como un suceso providencial el que se conserven los Evangelios llamados *apócrifos*, es decir, los falsos, para darnos á entender con ello que no era entonces tan fácil como ahora se supone el aceptar leyendas populares ó falsas invenciones. Si la escuela mítica no aprecia este hecho, será porque haya cerrado los ojos á la luz.

Llámanse filósofos los que aspiran á destruir el cristianismo histórico, y sin embargo no quieren estudiar y apreciar las relaciones de las causas y de los efectos. El efecto aquí llena el mundo, y quieren encerrar la causa en una ficción. Nace un Niño pobre, crece igualmente entre pobreza, llega á ser hombre, reúne en derredor de sí unos pocos discípulos rústicos é ignorantes, pronuncia algunas palabras, y termina su vida espirando en una cruz; suplicio tan ignominioso como horrible. Pues bien: una vida de treinta y tres años, que comienza en una gruta y acaba en una cruz, es la que renueva la vida de la humanidad. Ved ahí el efecto, grande, inesperado, constante, maravilloso. ¿Qué causa, sofistas; qué causa alegais para explicar este hecho inmenso? Pero esperad todavía. Ese efecto se desenvuelve y se agranda cada vez más, contra los obstáculos que unas veces los tiranos, y otras los sofistas, le ponen á su paso; hundiéndose para siempre los Tiberios y los Voltaires, y quedándose todavía más grande el hecho combatido. ¿Cómo explicais esto? ¿Una ficción lo ha causado todo? ¿Un poco de poesía ha trastornado al mundo moral? ¿Una fábula ha ilustrado al universo? ¿De un mito ha salido la sabiduría que, gracias al cristianismo, se advierte en la moderna civilización? No os burleis ¡por Dios! del género humano, y no hagais una fábula de la cruz que las ha destruido todas.

Los enemigos del cristianismo histórico creen hallar una solución para las dificultades que se les oponen diciendo que como precisamente se esperaba á la sazón el Mesías prometido, no fue difícil que el pueblo viese á Cristo con las cualidades que en realidad no tenía, hallándose, según se hallaba, exaltado por sus propias desgracias y por los antiguos y gloriosos vaticinios. Pero cabalmente esto era lo que debía hacerle más cauto; porque esperando un Mesías guerrero y conquistador, todas sus esperanzas debieron de parecerle frustradas al

verle pobre, perseguido y luego crucificado. Si en aquel tiempo hubiera podido algún personaje escitar el entusiasmo de las turbas, habría sido San Juan Bautista, cuya enérgica palabra tuvo el privilegio de poner en conmoción las poblaciones de la Judea. La vida del Precursor estaba más en armonía con las tendencias del genio nacional, y recordaba mejor que otro las tradiciones de los antiguos Patriarcas. ¿Cómo, pues, aquel pueblo se fija en el discípulo que, en su juicio, era Cristo, para dejar en el olvido al popular predicador del desierto, que era mirado como su Maestro? Las mitologías no se forman sino ante las cunas brillantes, en los campamentos de los guerreros y sobre los sucesos más deslumbrantes; pero al pie de una cruz, con motivo de la palabra que pronuncia un hombre oscuro, y á través de las contradicciones universales que le oponen sus contemporáneos, es trastornar todo el orden de las ideas, y faltar á todas las reglas de la analogía y del buen sentido. Y si se añade que por defender hechos que se suponen mitológicos han derramado su sangre hombres tan positivos, tan humildes, tan poco *poéticos* como los Apóstoles, se verá que la escuela mítica no enuncia más que absurdos é imposibles.

V.

Después de haber visto que no era posible inventar ó forjar, en la época en que nació y murió Jesucristo, los hechos que sirven de base al cristianismo, conviene añadir ahora las pruebas que presentan los siglos posteriores en confirmación de la historia cristiana. En pos de los Apóstoles que anuncian lo que oyeron con sus oídos, lo que vieron con sus ojos, lo que con sus manos tocaron, viene esa larga serie de testigos, directos ó indirectos, amigos ó enemigos, á cuyas afirmaciones solamente puede mostrarse sordo el exagerado racionalismo alemán. Todos los críticos, desde el Papa San Clemente hasta los escritores de nuestros días, han considerado inseparable del *hecho* divino la fe divina; y ó habrá que calificar de estúpidos ó soñadores á los hombres más distinguidos que han tenido la ciencia, la crítica y la historia, ó hay que maravillarse del extremo á que llevan las aplicaciones de sus principios los libre-pensadores.

Aun los mismos autores judíos ó paganos, con todo el ruido de sus blasfemias, vienen á añadir el último remate á la convicción histórica de los hechos reales, milagrosos y divinos del Redentor. Suetonio, Tácito, Plinio, Celso, Pórfiro, el apóstata Juliano, así como Rousseau, Dupuis y Voltaire, odiarán á Cristo, le perseguirán, le llamarán *infame*, y atribuirán sus milagros á la magia y á las ciencias ocultas del Egipto; pero negar el cristianismo como un *hecho*; considerar como un nuevo mito á Jesús; no ver más que fábula y poesía en las narraciones históricas, y no admirar en los mártires sino espíritus exaltados por una ficción, eso no lo han hecho, ni ocurrirá á nadie que en tiempo alguno pueda hacerse. Porque nunca podría ocurrir el que hubiese hombres que, como Sansón, viesan con gusto caer al suelo todas las columnas del orden social, por el placer de que no quedase en el templo un asilo para los *hechos divinos* del Evangelio.

No hay ya historia, por robustecida que se halle con mayores pruebas, que sea admisible, en tanto que se dejen subsistentes los principios del racionalismo anticris-

tiano. Ó no hay hechos verdaderos é históricos en el mundo, ó tienen que serlo mas que todos aquellos que conserva el cristianismo como fundamento de sus dogmas. Porque cuando la misma época en que han sucedido nos los trasmite, pasando luego de generacion en generacion; cuando se leen en los mismos escritos contemporáneos, aun de los enemigos que tenían interes en que fuesen falsos; cuando van unidos á los grandes acontecimientos de las naciones, y se traslucen en sus usos, y se perpetúan en sus monumentos y hasta en sus ruinas; cuando millones y millones de testigos los confiesan y defienden, y mueren, en caso necesario, por sostenerlos; cuando no puede probarse la invencion de estos hechos, ni es admisible que se forjasen en presencia de sus enemigos; cuando, siendo opuestos á todos los malos intereses del mundo y de los sentidos, el mundo los acepta, cambiándose con esto la faz de la tierra, y se destruye la idolatría, y huye despavorido el error, estos hechos, repito, son reales é históricos, ó no los hay ya en el mundo. El cristianismo, pues, es el hecho mas profundamente histórico, del mismo modo que es la única verdad divina.

Dícese con frecuencia que no hay medio entre el catolicismo y el ateísmo, y ahora se puede añadir que no le hay entre la fe católica y el escepticismo universal. La libertad indefinida, proclamada por el protestantismo como regla en el exámen de la cuestion religiosa, tiene que dar por resultado, ó lo ha dado ya, las increíbles aberraciones de los pensadores alemanes, que dejo consignadas. Hay que renunciar á la lógica, á la razon, al sentido comun, al buen criterio, cuando se tra a de atacar al cristianismo como hecho histórico, para negarle como hecho sobrenatural y como verdad divina. El escepticismo universal se halla perfectamente simbolizado en el *mito* de que se hace aplicacion á la verdad histórica de la vida de Jesucristo. Adán, Moisés, los Profetas, Ciro, Alejandro, César... nada hay ya en el mundo que no pueda salir *mitológico* del molde donde Strauss ha vaciado su *Vida de Jesus*. Nuestra misma actual existencia es ya problemática. De deducion en deducion vendremos á parar en que nada es real de cuanto vemos; todo es sombras, ficcion, humo... ¡Y viviendo bajo la influencia de tales principios, ó sea del libre exámen, se pretende sostener que *nos ilustramos!*

Hasta la venida del *gran lógico* Strauss se habia pensado que la última deducion que podia sacarse de la teoría protestante era el ateísmo. Ser protestante y hacerse ateo, pareció generalmente que seria cosa del tiempo y de la lógica, dos activos agentes que tiene el error para destruir, como la verdad para edificar; pero el pensador aleman ha venido á decirnos que tras el ateísmo, tumba de todas las religiones, puede presentarse aun el sistema del *mito*, como sepulcro de todas las realidades, y el escepticismo universal, no como una enfermedad violenta y transitoria, sino como sistema normal de impugnacion á todas las verdades históricas. Esto es lo que la llamada *Reforma* protestante ha traído al mundo: la negacion del dogma, la negacion de Dios y la negacion del hombre: triple maldicion que ella lanza sobre la ciega sociedad moderna que la sigue...

Valladolid, 1869.

JUAN GONZALEZ,
dignidad de chantre.

EL CLERO Y LA REVOLUCION (1).

IV.

Si nunca se pudo dudar de los sentimientos de la Revolucion, que es en suma el ateísmo, respecto de la Iglesia y de sus ministros, jamás, como ahora entre nosotros, se ha visto hasta dónde llega el encarnizamiento de su odio y la violencia de su persecucion. Por una parte, en el clero, estamos presenciando los mas grandes actos de generosidad y de abnegacion; por otra, en los revolucionarios, se nos están ofreciendo los espectáculos mas tristes y mas escandalosos.

Desde el momento mismo del triunfo de los coaligados de Cádiz, y antes de ese momento, el clero, que sabia lo que tenia que esperar de los partidos entre cuyos principios figuraba como el primero el de una libertad religiosa que solo es la persecucion de la Iglesia, y de los hombres que constantemente le habian ultrajado y maltratado, nada hizo, sin embargo, que directamente contrariara sus esfuerzos, ni que fuera un obstáculo para su consolidacion y su marcha. Tal conducta no fue imitada, y, al contrario, pareció que ella señalaba la opuesta en los revolucionarios victoriosos, como si tratasen de ocultar la debilidad y la impotencia que en sí mismos reconocian en medio de su triunfo, con los actos de fuerza y tiranía contra una clase que, olvidando su poder, se ofrecia en holocausto y ahorra con su sacrificio grandes desastres á la patria.

Ningun Prelado habia abandonado su diócesi; ningun sacerdote habia protestado contra el nuevo orden de cosas, encerrándose unos y otros en el cumplimiento de su sagrado ministerio, y logrando de esa suerte, por sus predicaciones y sus ejemplos, hacer llevadera á los pueblos la situacion mas y mas afflictiva en que la nueva etapa revolucionaria les colocara, impidiendo que en su desesperacion se entregara á todo género de excesos, por la facilidad que tambien para ello les ofrecian las circunstancias y los ejemplos de los nuevos señores del país. Al dia siguiente de la batalla de Alcolea, el clero tuvo en su mano el provocar, si no desde luego una contrarevolucion, por lo menos, y aun entonces mismo, la guerra civil; porque es absurdo negarle el poder de hacer en aquella fecha lo que despues y ahora mismo se le acusa de estar haciendo, y porque no pueden decir que el pueblo era suyo, ni seguia sus inspiraciones, los hombres cuya derrota ignominiosa habia presenciado impasible en tres ocasiones sucesivas, y cuyo triunfo, debido exclusivamente á una insurreccion militar y al azar de un hecho de armas, ni aun realizado, logró crear sino un entusiasmo ficticio.

Cómo pagó el gobierno provisional, y cómo paga el gobierno de S. A. Serma. el Sr. D. Francisco Serrano y Dominguez la abnegacion del clero, lo dicen los decretos de la *Gaceta*, los artículos de su prensa y los actos de sus subordinados. Se disolvieron todas las comunidades religiosas, y se las despojó de sus bienes; se demolieron templos, ó se convirtieron en cuarteles, cárceles y lupanares; se hizo de los dogmas augustos de la única Religion verdadera objeto de befa para los mas vulgares histriones, cuyos sacrilegios se recompensaban con altos destinos, mientras se pedian y se ponian mordazas á los varones

(1) Véase el núm. 15, pág. 243.

apostólicos que osaban señalar la odiosidad y el mal gravísimo de aquella orgía de brutales blasfemos. Y aun con eso no se satisfacía el odio. Por un doble robo se negaba al clero la asignación que le era debida, teniéndole en la mayor miseria; y llevando á la esfera del gobierno los procedimientos proverbiales de los Jaimes y Josés Marías, se le acusaba de robos, y se acababa por despojarle de lo último que poseía, pasándolo á manos que ya en muchas partes han dejado conocer lo que valían. El clero olvidaba y perdonaba todo; en su férvido entusiasmo por la unidad, todos los sacrificios le parecían pequeños si lograba conservar ese bien preciado, esa inmarcesible gloria de nuestros padres, esa prenda de ventura para nuestros hijos; y la pedía á sus verdugos hincado de rodillas y apoyado en los sentimientos de todo el pueblo español; pero todo en vano, porque á esa petición se respondía con el artículo constitucional que da en la católica España carta de ciudadanía y superiores títulos de aptitud á comerciantes anglicanos, á judíos usureros; atacando la familia cristiana en sus raíces, elevando el concubinato á la categoría de institución civil, y dando al libertinaje patentes de moralidad.

Y seguimos en progreso: el clero, reuniendo el mas rico caudal de sacrificios con heroica paciencia; los hombres de setiembre, escediéndose á sí mismos en la persecución, como si se emborracharan, y permítasenos la palabra, con sus propias palabras y sus actos todos.

Ocurre en Búrgos una de esas manifestaciones verdaderamente populares que se han visto en todos los tiempos y en todos los países, y generalmente, en tales casos, justificadas; hay que lamentar en ella una sensible desgracia, y sin mas, la desgracia se convierte en crimen, y basta eso para que el clero, todo el clero, el de Búrgos como el del resto de España, sea declarado criminal. Y á esto siguen nuevos insultos y nuevas persecuciones. Poco despues, en algunas provincias en que no parecia posible una esplosion carlista, estalla harto bien justificada por la situación en que se las ha puesto y los abusos de sus autoridades, y al clero de esas provincias y de las demas de España se hace responsable de la guerra civil. Y á tal punto llega la persecución, que mas de dos mil sacerdotes son arrastrados á las cárceles despues de esponerles á los insultos y á los golpes de una vil multitud, á la que se cita y se estimula oficialmente poco menos para que asista á esas escenas. Al mismo tiempo los hombres del gobierno ya no se paran en barras, é intiman á los Prelados á que conviertan al clero en un cuerpo de policía, destinado exclusiva y constantemente á predicar la paz con los que tienen al país en estado de guerra, y á pedir el respeto y la obediencia de derecho divino á los que en todos sus actos y en todas sus palabras blasfeman y reniegan de Dios.

V.

Esta es la situación, en la que nada se encuentra que disculpe al gobierno, y en la que todo muestra en el clero la mas alta virtud, la paciencia y la caridad llevadas á un grado supremo.

Cuando se lee la gloriosa epopeya de nuestra independencia contra el primer capitán de los siglos modernos, contra el árbitro supremo de Europa, lo que mas resalta en ella es la acción decisiva y la actitud heroica del clero.

Las tropas de Murat y sus horribles ejecuciones tenían aterrorizados á los pueblos; el usurpador gobierno de José Bonaparte funcionaba regular y tranquilamente en Madrid, servido con bajeza por los primeros liberales de España, casi aceptado por la Grandeza, que ya empezaba á mostrar lo que despues habia de ser; defendido y elogiado por los hombres cuyas cenizas habian de honrar los mismos liberales medio siglo mas tarde.

Todo cedia al torrente: ¿quién le resistió? ¿Quién pudo contenerle y logró hacerle repasar los Pirineos? El clero; los sacerdotes y los frailes, que enardecieron al pueblo, animaron á la Grandeza é hicieron que los afrancesados se avergonzaran de su conducta. El clero determinó la lucha; despues de haber sido su autor, fue igualmente actor, y actor principal, en ella; y en Zaragoza, y en Bailen, y donde quiera se dió una batalla ó se sostuvo un sitio, el nombre de un fraile ó de un sacerdote aparece al lado de los mas decididos generales.

Pero ¿era esa debido á que por una parte el gobierno de José Botellas fuera un gobierno ilegítimo, y á que por otra persiguiera decididamente á la Iglesia y maltratara constantemente al clero? ¡Ilegítimo! Sin duda era ilegítimo el gobierno de José Botellas, por mas que fuera un gobierno de hecho, un gobierno constituido; sin duda aquel gobierno no se distinguía por su amor á la Iglesia, bien que hubiera prometido respetar, y respetara en efecto, la unidad, guardando tambien toda clase de consideraciones al clero; pero la abnegación y la caridad de este exigían entonces la lucha, como ahora, por lo visto, demandan el mas paciente sufrimiento ante un gobierno salido de una insurrección militar, formada á fuerza de perjuros, y que desde que se constituyó hasta hoy, no contento con haber roto la mas gloriosa conquista de nuestros padres, persigue inhumanamente al clero, y se muestra mas sectario que católico, y mas impío que religioso. Y nadie, nadie ha puesto jamás en duda la acción decisiva del clero en la guerra de la independencia, sin que nada signifique en contrario el que puedan presentarse algunas pastorales de Obispos que por complacer ó por obedecer á Bonaparte pidieran para él respeto y obediencia, abogando por la paz, que en aquel caso y en otros ha podido ser la paz que no aparece recomendada en los libros santos.

Pero, en fin, volviendo á nuestro tema: ¿qué es lo que el gobierno de Madrid echa con justicia en cara al clero para justificar sus persecuciones? Habla de la desgracia del gobernador de Búrgos; pero hoy está perfectamente probado y comprobado que el clero hizo esfuerzos sobrehumanos para salvar á aquel infeliz. Habla tambien de los sacerdotes que han aparecido á la cabeza de las partidas ó en las partidas; pero, por de pronto, su número es muy reducido: ademas, en ese número reducido puede muy bien creerse que, mas que la lucha, buscaban la libertad contra un gobierno decidido á privarles de ella en sus impíos caprichos; y, por último, hasta que las causas se sustancien y se publiquen, nada se sabe tampoco del móvil principal que llevara á los sacerdotes á figurar en las partidas; y basta que eso no se sepa, para que se suponga fundadamente, dadas las virtudes del clero y de los sacerdotes que aparecen en las partidas, todos tan respetables como respetados, que han procedido con la mas rara abnegación,

En resumen: el espectáculo que se nos da desde setiembre acá es el siguiente:

El clero separado de la lucha de los partidos, cumpliendo en todas partes sus deberes evangélicos, resignado sin medida, digno, en fin, por todos sus actos de la admiración, el respeto y el amor de los católicos españoles, y de todos los católicos esparcidos sobre el haz de la tierra;

El gobierno, un gobierno salido, como hemos apuntado, de una insurrección militar que se formó por perjurios, demoliendo iglesias, disolviendo asociaciones monásticas y congregaciones caritativas, consumando el despojo, rompiendo la unidad, y favoreciendo á protestantes, judíos é impíos, mientras mantiene al clero en la miseria, mientras prodiga los mas soeces insultos á los sacerdotes mas virtuosos, mientras llena las cárceles de celosísimos párrocos, mientras se propone, contra los sagrados é inalienables derechos de la Iglesia, contra todas las leyes de la disciplina, contra toda justicia, en fin, desquiciar la vida católica en nuestro católico país.

Y todo se corona con los últimos actos del mismo gobierno y de los jefes de nuestro clero: nada mas expresivo que eso de ver á las oficinas del ministerio de Gracia y Justicia espedir los decretos que dictan los redactores de *La Iberia* y de *El Universal*, señalando la conducta que debe observar el clero en la cátedra del Espíritu Santo y en el mismo tribunal de Dios, y lo de leer despues de esto algunas de las Pastorales que por el mandato de los redactores de *La Iberia* y *El Universal* se han publicado.

VI.

Y, sin embargo, ya lo hemos dicho y lo repetimos: preferible nos parece esta situación, que es mas que de lucha, que es de martirio, á la que, asegurando por la legalidad novísima en uso todos esos hechos consumados, demandara con fingido respeto al clero una cooperación voluntaria á un orden de cosas en la esencia tan revolucionario como el actual, aunque en las formas pareciera otra cosa. Serrano y Prim, jefes nominales de unos partidos declaradamente impíos, y que les obligan á tomar al descubierto toda clase de medidas impías, nos parecen preferibles á los mismos Prim y Serrano, ó los Conchas ó los Chestes, que hasta ahí vamos, regentes de un trono de *media-legitimidad*, que en vez de crear el entusiasmo por la intención declarada y la persecución manifiesta, halagaran el egoísmo encubriendo hipócritamente sus sentimientos, y pidiendo arteramente la sanción de las obras de la impiedad.

La historia contemporánea registra dos hechos, ó mas bien dos manifestaciones capitales, que, á nuestro juicio, todos deben tener muy presentes.

Es la primera, la de la aquiescencia de la Iglesia, ó por lo menos del cuerpo católico en el mundo entero, á la insurrección belga de 1830 contra el poder protestante de Holanda, que, sin embargo, no hizo tanto contra la Iglesia, el clero y los católicos, como otros poderes, por ejemplo, el actual gobierno español.

Es la segunda, la Carta que con honda pena é intensa satisfacción á la vez leyó el mundo católico del heroico, del incontrastable Pío IX, modelo necesario de todo católico, á los Obispos de Portugal, tan sumisos en acatar

las órdenes caprichosas de un gobierno masónico y decidido enemigo tambien de la Religión.

Et nunc intelligite... Entiéndase que la Revolución siempre, por todos sus hombres, con todos sus gobiernos, busca como su primer deseo y su primera necesidad la ruina de la Iglesia, que prefiere consumir por la deshonor de los ministros del Altar, de mayor eficacia que la mas sangrienta persecución.

A. J. DE VILDÓSOLA.



VIRGINIA,

ó

ROMA EN TIEMPO DE NERON:

novela escrita en francés

POR VILLEFRANCHE,

Y TRADUCIDA POR

D. FRANCISCO MELGAR.

(Continuación) (1).

Sin embargo, Labeon se habia comprometido á regresar muy pronto al palacio de Neron, y Cineas habia autorizado tambien á Séneca para que le anunciase. El móvil de Labeon era el deseo de adelantar cuan rápidamente pudiera en la gerarquía militar. La curiosidad entraba por mas que la ambición en los pensamientos de Cineas; sobre todo, deseaba conocer al artista coronado y experimentar el efecto de la recomendación de Burrho: *¡Sed poetar!*

El vestíbulo de la casa Palatina, como se llamaba entonces al Palacio imperial, estaba lleno de aduladores que fruncióron desde luego el entrecejo al ver entrar dos desconocidos; gentes que pasaban allí una parte del día aguardando la ocasión de hacer la corte al César, ariscos los unos con los otros, pero todos rastreros con el Emperador, semejantes, en suma, á unos perros vagando en torno á la mesa de un festín.

Tambien habia en el *atrium* tres grupos de embajadores: unos de rostro casi negro, de crespos cabellos y de vestidos cortos y cargados de oro: eran etíopes; otros de aspecto sereno y majestuoso, con anchos trajes arrasando y con grandes pedazos de tela arrollados á la cabeza: eran enviados del Rey de Armenia; los últimos, vestidos de un modo raro, de alta y marcial estatura, pero de aire triste y avergonzado: eran bretones que venian á someterse y á implorar misericordia.

En medio de aquella confusión, el hermano y el esposo de Elena no esperaban ser distinguidos; pero apenas dieron sus nombres, se les mandó pasar.

Encontraron al Emperador sentado en una mesita de marfil, con la mano izquierda colgando, con la derecha sosteniendo una pluma sobre un pergamino estendido, la cabeza ligeramente inclinada hácia atrás, y con los ojos entornados, como poseido por la inspiración.

Lucio Domicio Claudio Neron César era de mediana estatura, de rostro muy subido de color y tan carnoso, que parecia que le habian inflado. Su cuello era craso,

(1) Véase el número anterior, pág. 271.

su abdómen elevado, enjutas sus piernas, y sin embargo tenía buena presencia y una salud vigorosa. Sus ojos eran azules y espresivos, aunque débiles, delgados sus labios, y su sonrisa presuntuosa, pero mas bien indiferente que cruel, porque las atrocidades de su reinado no parecen en general inspiradas por la pasión ó por un gusto positivo de sangre, sino por una falta completa de sensibilidad. Sentía la misma clase de emoción viendo espirar á un hombre, que viéndole reír, ó mejor dicho, no sentía ninguna sino en tanto que se interesaba su vanidad.

Cineas imaginose estar delante de un jóven disoluto, fatuo y algo propenso á la melancolía, mas bien que en presencia de un tirano. Acordose de Británico, de Agripina y de tantos otros cuyo trágico fin era asunto, no de las conversaciones, pero sí del pensamiento público, y buscó, sin encontrarlas, las huellas de lo que podía hacer en aquel rostro palidecer al mundo.

Neron, despertando, por decirlo así, de su abstracción, verdadera ó fingida, volvió hácia los recién llegados una mirada distraída; pero aquella mirada se fijó de improviso, y entonces la acompañó con una sonrisa que, lejos de ser aterradora, tenía algo de fascinadora.

—Muy, bien, Hércules mio, dijo; muy bien, mi Aristarco ateniense, y aun debiera decir mi Antinoo. La fuerza y la inteligencia. Ya veis que os conozco. Pero, Cineas, ¿cómo habeis satisfecho tan tarde la esperanza con que me halagaban Séneca y Burrho? ¡Un Megáclida, un filósofo, ha podido pasar mas de una semana en Roma sin pensar en ver á Neron! Eso es una falta de memoria.

—Y de gratitud, añadió Cineas, despues del honor que haceis á los poetas y á los filósofos dignándoos caminar á su frente; pero la ansiedad que me ha devorado tanto tiempo, con motivo de mi cuñado, me quitaba completamente aquella libertad de espíritu y aquella alegría que se necesitan para acercarse al mas dichoso y mejor dotado de los hombres.

—¡Sea en hora buena! Ahí teneis un cumplimento que va al grano, respondió Neron. Vuestra mirada ateniense me ha comprendido en seguida; no os ha sucedido como á mis groseros romanos, que no saben hablarme mas que de mi grandeza.

Neron habia empezado á hablar en griego; tenía pretensiones, y pretensiones legítimas, al título de purista en aquella lengua, de suerte que en seguida se entusiasmó con el delicado idioma en que se oía alabar. Además, la gloria de las antigüedades griegas eclipsaba para él á todas las otras. Un sencillo descendiente de los Megáclidas era superior, en su concepto, á la persona de un Fabio ó de un Scipion.

Púsose á hablar de poesía y de prosodia, citando á Homero á cada paso, y midiendo enfáticamente las sílabas para enseñar el modo exacto de declamar los versos.

Cineas aprobaba, pero mas comunmente con ademanes que con palabras. Labeon abrió tambien la boca muchas veces para pronunciar palabras de alabanza, pero se lo impidió la facundia del César, lo cual no le causó gran pesar ciertamente. El artista coronado, contentísimo con tan amable oyente, le declaró encantador, y muy inteligente para ser un Hércules, por mas que no hubiese encontrado ocasion de deslizarse en la conversacion una sola palabra.

Neron esplicó á Cineas un nuevo sistema métrico, invencion suya, que debia causar una revolucion en la poesía latina.

—Vuestra poesía, le dijo, es original; la nuestra, no. Vosotros habeis desenvuelto vuestro propio genio; nosotros imitamos el vuestro. Virgilio es un plagario de Homero. Sin embargo, nuestro idioma tiene algunas cualidades que le hacen superior al griego; prueba de ello el nuevo poema que el jóven Lucano, el sobrino de Séneca, me ha dedicado, y que considero una obra maestra bajo el punto de vista del buen gusto. Lucano, al separarse de vuestra correccion helénica, y del pretendido naturalismo á que tanto os aferrais, ha comenzado á impulsar á nuestra poesía en un nuevo camino; pero á mí me está reservado el fijarla, creando la musa nacional de Italia.

Cineas, que conocia el poema de Lucano y le juzgaba de muy distinto modo, no quiso ni aprobar ni contradecir aquella opinion, contentándose con manifestar, respecto al imperial descubrimiento, una ardiente curiosidad que Neron satisfizo diligentemente.

En aquel momento anunciaron á Séneca; anuncio que Neron acogió con un movimiento de contrariedad. Sin embargo, le hizo entrar, y le saludó con la cabeza, pero sin fijarse ya mas en su presencia.

El filósofo de Córdoba estaba pálido y triste.

—Señor, dijo interrumpiendo la esplicacion empezada: mi pobre amigo Burrho está muy mal; tiene la garganta tan hinchada, que se ahoga, y ya no puede tragar nada.

—¡Ah! dijo Neron con el acento de un hombre que no se toma interes alguno en lo que le dicen, ó que sabe de antemano á qué atenerse; cuando acabe mi demostracion, iré á verle.

—Ademas, añadió Séneca, esperan audiencia tres embajadas.

—Que esperen, para eso están, respondió Neron: mañana los recibiremos; todavía no he estudiado mi manera de presentarme para esta solemnidad.

Séneca se inclinó y salió sin insistir y sin haber visto á Cineas, que sintió oprimírsele el corazón. El Emperador continuó:

—Una de las riquezas especiales de nuestra lengua, es la abundancia de palabras que acaban con unas mismas sílabas. Ovidio y Virgilio están plagados de ejemplos. Nuestros antiguos poetas buscaban con razon estas asonancias; los modernos, al evitarlas, prueban que no son músicos.

Al asentar este principio, el Emperador buscó con la mirada un asentimiento, que Cineas le concedió con un movimiento de cabeza.

—Si Ciceron hubiera tenido bastante genio poético, me hubiera adelantado, arrebatándome la gloria de mis innovaciones; pero el destino le guardaba para mí, solo para mí. Pero ¿dónde está Séneca? ¿Se ha ido? Necesitaba que me socorriese con su memoria.

—No me atrevo á esperar, dijo Cineas, que la mía pueda suplir...

—Buscaba, dijo Neron, unos versos de Ciceron, titulados, segun creo, *Príamo*, y todos llenos de consonancias.

—¿Serian acaso los siguientes? preguntó Cineas;

*Hæc omnia vidi inflammari.
Priamo vi vitam ereptari
Jovis aram sanguine turpari.*

—¡Bravo! exclamó Neron. Cargad bien el acento en los *ari*. ¿Conoceis tambien otros que empiezan: *Cælum nitescere*?

—Me parece que sí, respondió Cineas:

*Cælum nitescere, arbores frondescere
Vites latifloræ, pampanis pubescere.*

—¡Qué melodía! dijo Neron. Pues bien: mirad el partido que voy á sacar de eso, yo que he nacido á la vez poeta y músico. Escuchad, y comprendereis bien pronto la revolucion inminente en nuestra literatura latina.

Cogió su lira, arqueó los brazos con afectada soltura, empezó preludiando algunas variaciones, y se volvió hácia sus dos oyentes, solicitando de antemano aplausos que no podian negarle. Entonces declamó con sostenido entusiasmo una composicion rimada y sonora, pero de confuso sentido y de gusto mas que dudoso. Nuestros lectores nos agradecerán que les evitemos la copia.

Labeon aplaudió con toda su alma, pensando en su ascenso. Los cumplimientos de Cineas fueron menos enérgicos, no pasando de interjecciones vagas y poco comprometedoras. El Emperador, entusiasmado con su propia voz, supuso que si el ateniense no se espresaba con mas claridad, era por no encontrar palabras que pudiesen describir su admiracion.

—¡Ah, Cineas! le dijo. ¡Si me apoyasen en mi reforma! Pero estoy solo, nadie me comprende; Perseo, Lucano, Plinio, Petronio, el mismo Séneca, todos me abandonan. Cineas, ¿quereis ser mi segundo? Mañana creo para vos un cargo de intendente general de bellas artes, cuyos honores igualaré á los del comandante de mi guardia pretoriana.

Cineas se escusó, alegando que nunca habia escrito versos latinos.

—No importa, respondió Neron; volved á verme, y versificaremos juntos; sereis mi primer discípulo. ¡Ah, Cineas! ¡Qué felicidad para el universo tener á su frente un artista como yo! El arte ya sabeis que es el apogeo del progreso social. Si yo hubiera nacido lejos del Trono, no por eso hubiese llenado menos mi nombre las cien bocas de la Fama. En tal caso, hubiera escrito una gran epopeya, algo mejor, seguramente, que la *Farsalia* ó la *Enéida*; pero soy Emperador, y no puedo limitarme á los detalles de una obra particular; debo consagrarme á la renovacion general del arte, y por tanto á la felicidad de la humanidad. ¿Quereis que os cante algo de Píndaro? Ya vereis cómo tambien trabajo por ensalzar el genio ateniense, y cómo, en mi solicitud universal, no desdeño ninguna de las glorias literarias de mi imperio.

Y declamó, acerca de los dioses y de la virtud, muchas estrofas, que en su boca causaban escalofrios.

Cineas se acordó otra vez de Agripina y de sus últimas palabras: «Hiere este seno que ha llevado á Neron,» y creía ser juguete de un sueño. ¿Era aquel hombre Neron? Preguntábase por qué fatal influencia la inofensiva locura de aquel hombre podia volverse en locura sangrienta, y en el mismo momento halló la respuesta á su pregunta.

Dos hombres acababan de entrar con discreto paso, como atraídos, á pesar suyo, por el encanto soberano de la lira imperial. En pie, con los ojos fijos en el cielo, manteníanse á distancia en una actitud de arrobamiento y de éstasis. Neron los vió, y se volvió á mirarlos.

—Tigellin, sois un ruin adulador; y vos tambien, Ninfidio, les dijo, porque no entendeis nada de esto.

—Señor, respondió Tigellin inclinándose; los osos y los árboles de las montañas, que acudian á bailar atraídos por la lira de Orfeo, habian estudiado aun menos que yo... Pero, perdonadme, señor, añadió con una horrible sonrisa; mientras trabajábais aquí por la felicidad del mundo, yo he trabajado por la vuestra.

—¡Ah! ¿Y qué se dice en Roma?

—Señor, Séneca no se decide á componer la apología que hace falta; no tiene tanta audacia como cuando el negocio de Bayes, pero nos pasaremos sin Séneca. La divina Popea ha conseguido todos sus deseos, y el Senado acaba de decretar la edificacion de un templo para vuestra divinidad. Vos sois el dueño, señor; ¿quién se atreveria á censurar vuestras órdenes? De vos, y no de Júpiter, ha dicho Homero:

«Si arquea las cejas, conmueve al Olimpo.»

—¡Calla! ¡Tigellin citando á Homero! exclamó Neron evidentemente satisfecho. No deja de tener mérito este amable animal. Hasta la vista, Cineas; volved pronto, si no quereis desagradarme tanto como ahora me agradais. Nosotros, Tigellin, vamos á consultar las entrañas de esa pobre miserable, en cuyo hígado debo leer mi porvenir. Ya sale la luna.

—Señor, respondió Tigellin; los dioses infernales y el mismo porvenir están sometidos á los encantamientos de vuestra eternidad.

Y desaparecieron por el camino del *sacrarium* del palacio.

Cineas y Labeon supieron en el umbral del *atrium* el dudoso asesinato de Burrho, y el demasiado innegable de la jóven Emperatriz Octavia, hija de Claudio, esposa de Neron y su hermana adoptiva, cuya cabeza acababa de ser presentada á Popea, la favorita del momento.

Isaac no habia estado ocioso durante este tiempo, así que pudo presentar á Cineas las cuentas de Hegion. El resultado final de lo recaudado por el infiel intendente, y de lo entregado por él á su señor ó á su señora, arrojaba una diferencia de mas de seis millones de sextercios, que se habian quedado entre sus manos.

—Pero, añadió Isaac, no creo que hayamos perdido nada. He podido procurarme, por mis amigos de Roma, una noticia bastante completa de la fortuna personal de Hegion, depositada ó en cuenta corriente en casa de varios usureros, todos solventes. Como no es mas que un esclavo, su señor puede, cuando quiera, entrar en posesion de su fortuna, para lo cual no necesitará Labeon recurrir á medios violentos. Las cuentas están demasiado claras; solo con amenazarle bastará.

Cineas dió cariñosamente gracias al israelita, examinó y cotejó con Labeon los documentos presentados, y despues mandó llamar al intendente.

Este, creyendo tener que habérselas solo con el ateniense, á quien despreciaba secretamente como á un literatuelo ignorante de las cosas de la vida, se presentó

con su habitual insolencia; pero al ver á Labeon, adivinó que se trataba de un asunto serio. La elevada estatura de Labeon, sus fuertes espaldas, la firmeza de su voz y de su rostro, unidas al título de dueño, le habían impuesto siempre respeto; ante su severo aspecto, vaciló su seguridad.

—Leed esto, dijo Labeon: sumad ese legajo de recibos firmados de vuestra mano; añadid, por otra parte, las cantidades que me habeis enviado desde hace doce años que teneis mi confianza, y decidme cuánto me debéis todavía.

Hegion perdió completamente la serenidad, hojeó, confrontó, y comprendió que estaba perdido.

—Me debéis, continuó Labeon, seis millones ciento veinte mil sextercios, suma casi igual al valor de esta propiedad, con todos los esclavos que contiene, incluso vos.

Hegion se arrodilló, exclamando:

—Señor, os juro que he querido especular en vuestro interes, esperando duplicar de este modo vuestros capitales. La fortuna me ha engañado; pero me queda un millon de sextercios: vuestro es.

—Os quedan seis millones y algunos millares de sextercios, respondió Labeon; habeis perdido por un lado, pero ganado por otro: aquí teneis vuestro balance exacto, y los nombres de vuestros deudores.

Hegion, pálido y tembloroso, se preguntó á sí mismo quién podia haber descubierto tan bien sus secretos. Entonces pensó en el judío, dirigió á Cineas una rencorosa mirada, y murmuró entre sus apretados dientes el nombre de Tigellin.

—¡Bribon! dijo Cineas: esta es la segunda vez que sale de tu boca el nombre de Tigellin como una amenaza. Haces mal en fiarte en su proteccion contra mí, no porque me asista el derecho, como me asiste, sino porque soy quizás mas influyente, y de fijo mas rico que Tigellin. ¿Ignoras que mi cuñado, de quien no eres mas que una cosa, podria hacerte crucificar inmediatamente? ¿No sabes que aunque pertenecieses á Tigellin, este se apresuraria á ponerte en mi poder, atado de pies y manos, si yo te tasara en un precio algo elevado? ¿Y no sabes, por último, que yo tengo bastante dinero para comprar diez mil como tú?

Hegion se arrastraba á los pies de Cineas, procurando abrazar primero sus rodillas, y luego las de Labeon; pero ambos se retiraban como al contacto de un reptil.

—¡Dadme tiempo, decia; dadme tiempo, y todo os lo reembolsaré!

—Me reembolsaré yo mismo, dijo friamente Labeon. Todo lo que tienes me pertenece; en caso de necesidad, si quieres que litiguemos, te hago matar, y te heredo. ¿Es eso lo que quieres? Vete, y no vuelvas á presentarte delante de mí.

—Me iré, señor; pero os pido solo una gracia; dadme libertad.

—Para recompensarte y animarte, ¿no es verdad? dijo irónicamente Labeon. No; ni te manumitiré, ni te venderé á otro, para que tambien le engañes. Vete; pero continuas siendo mi propiedad, y te volveré á coger cuando bien me parezca, aunque estuvieses en los confines del imperio. Y para que no lo olvides, voy á mandar que te marquen.

Por mas que el esclavo suplicó y aulló de antemano de dolor, el tribuno fue inflexible, en interes, segun decia, de las personas honradas. Prohibió á Elena pedirle el perdon del culpable, y muy luego la cabeza y las cejas del traidor criado fueron afeitadas por las manos de sus compañeros de esclavitud, que se prestaron á ello con vengativa alegría; tras de lo cual se imprimieron en su frente las letras L. S. L., con un hierro candente. Esta clase de castigo nada tenia de inaudito; pocas eran las casas que no tenian cierto número de esclavos marcados de este modo.

En seguida le arrojaron de la quinta, y se encaminó hácia Roma con la vergüenza en la frente y la rabia en el corazon.

Mientras se verificaba el castigo de Hegion, en la quinta del prefecto de Roma tenia lugar otra escena desoladora, cuya víctima inspiraba á los espectadores tanta compasion como poca merecia la de la quinta del tribuno.

(Se continuará.)

REVISTA DE LA SEMANA.

No han sido importantes, ni mucho menos, las novedades de la semana que acaba de transcurrir. Fuera de Madrid la mayor parte de los ministros, cerradas las Cortes y casi disueltas las partidas carlistas, ¿qué novedades podia haber que llamasen la pública atencion? Es verdad que hay pueblos donde los vecinos se apalean recíprocamente sobre si ha de ser boina ó ha de ser képis: es verdad que en Andalucía los colonos no pagan á los propietarios, y los ladrones, semejantes á los perros de la fábula, se apoderan de los frutos para cortar las cuestiones entre propietarios y colonos: es verdad que no hay modo de cobrar las contribuciones, porque el pueblo dice, y no dice mal, que no tiene dinero, y que para darlo á ministros liberales vale mas tirarlo por el balcon: es verdad que los obreros catalanes siguen en huelga, y que muchos fabricantes han preferido cerrar sus fábricas y marcharse á otra parte, á subir el jornal de los trabajadores: es verdad que la Hacienda va de mal en peor, y que no salimos de empréstitos, mientras algunos desinteresados patriotas *sacan la tripa de mal año*, como vulgarmente se dice, sacudiendo las ramas del fecundo árbol de la libertad, cuyos dulcísimos frutos son chupados por los pobrecitos apóstoles y mártires de la consabida *idea*: es verdad que por primera vez en España hemos visto con escándalo el féretro de un cristiano cruzar las calles de Madrid llevando detras las insignias de la secta masónica, condenada por la Iglesia: es verdad que, en efecto, nuestra patria está en manos de la francmasonería y del bandolerismo en grande escala: es verdad, en fin, que esto se lo lleva la trampa, y que por ahora no debemos esperar otra cosa mas que el mejicanismo: pero ¿qué de particular tiene todo esto si nuestros lectores están hartos de saberlo y de sentirlo?

Dícese—y esto como gran novedad—que los progresistas y unionistas han roto ya las hostilidades; que muchos de aquellos se van con los republicanos, y que los unionistas se dividen en alfonsistas, montpensieristas y

serranistas. Si hemos de juzgar por la actitud de los diarios que representan esos partidos, la coalición hecha en Cádiz parece, en efecto, próxima á hacerse pedazos. Pero, ¿quién se toma la molestia de estudiar detenidamente las riñas caseras de la familia liberal? ¿Y qué desea España sino que unos á otros se devoren cuanto antes, y no quede ni el nombre siquiera de tan insoportable familia? Pero que riñan ó que no riñan, ellos, los liberales, están siempre dispuestos á formar coaliciones para atacar al catolicismo y á la monarquía decente. En este punto toda otra opinión sería errónea y pueril. En tratándose de declarar la guerra á todo lo santo, lo ordenado y lo estable, los liberales suspenden sus mutuas disensiones y son capaces de hacer todo género de sacrificios. Impotentes para construir, solo para la destrucción tienen fuerza. Faltos de afirmaciones que contengan doctrinas salvadoras, solo para negar se muestran unidos y poderosos. ¿Pues no habeis notado que son tan débiles en el poder como fuertes en la oposición? ¿No los veis tan vagos é inconexos en afirmar como precisos y resueltos en negar? Nada, pues, significa para nosotros que estén unidos ó separados: sus divisiones no nos dan fuerza á nosotros, sino á los republicanos, que aun no han perdido su prestigio en las esferas del gobierno. Solo cuando haya lagos de sangre entre unos y otros, y el país despierte dando un grito de horror y de noble ira, podremos decir que las disensiones de los liberales han venido en nuestro apoyo. Pero ¡qué triste, qué desconsolador apoyo!

* * *

En uno de nuestros números anteriores dijimos algo muy significativo respecto de ciertas inteligencias, como hoy se dice, entre los sublevados de Cádiz y los insurrectos de Cuba. Nadie refutó, ni siquiera puso en duda, nuestras insinuaciones. Para que se vea cuán fundadas eran, vamos á copiar las gravísimas noticias que sobre aquel asunto da *La Tribuna de Nueva-Yorck* (*New-Yorck Tribune*):

Oigan con atención nuestros lectores, y procuren contener los impulsos de su corazón, porque es preciso tener paciencia, mucha paciencia.

Dice así aquel periódico:

«LOS CUBANOS Y LA REVOLUCION ESPAÑOLA.»

»*Revelaciones interesantes.*—Repetidas veces se ha hablado de inteligencias habidas entre los jefes del actual partido dominante en España y los revolucionarios cubanos. Hechos posteriores acaban de arrojar nueva luz sobre este asunto. Antes de la revolución de setiembre, los generales espatriados manifestaron á algunos de los principales cubanos residentes entonces en España, el propósito de llevar á cabo un movimiento revolucionario en la Península, y el deseo de saber lo que harían los cubanos.

»La contestación fue que los cubanos les auxiliarían en lo posible; y después de varias conferencias y dilaciones (durante las cuales llegó de Cuba una comisión), se convino en que los patriotas cubanos, representados por la junta de la Habana, sufragarían todos los gastos que ocurriesen en el distrito de Cádiz, pero con la condición expresa de que, en caso de salir triunfante el movimien-

to, se concedería á Cuba la autonomía inmediatamente.

»Fue completa la avenencia, y se dió conocimiento de ella á Udaeta, Modet y otras dos personas, coroneles del ejército español, que debían coadyuvar á realizar el programa. Para el caso de que fracasase el movimiento de Cádiz, se convino en que los generales, puestos al frente de parte de la escuadra, se dirigirían á la Habana á proclamar la autonomía de Cuba y luchar en favor de los cubanos.

»Triunfó, como es sabido, el levantamiento de Cádiz. La junta cubana envió sobre quinientos mil duros, suma de los gastos hechos en Cádiz. Á pesar de esto, Serrano, Prim y Topete faltaron á la palabra empeñada. Se ha dicho, y quizás sea cierto, que varios jefes cubanos, desconfiando del éxito del movimiento en Cuba, escribieron á Dulce instándole á que apresurara el viaje á la Isla, creyendo que llevaría encargo de cumplir con lo pactado, y con cuyo cumplimiento, decían ellos, se hubiera puesto término á la guerra.»

Si lo que en las anteriores líneas se afirma es verdad, solo se nos ocurre decir una cosa: que en España se ha perdido ya la vergüenza. Nada más.

* * *

La salud del Emperador Napoleon se ha resentido bastante en estos últimos días: hubo algunos en que se temió seriamente por su vida. Está ya algo mejor; pero su estado inspira grandes inquietudes. Los periódicos imperialistas hacen esfuerzos sobrehumanos para tranquilizar al público; mas todo ello no impide que la Bolsa baje y las pasiones políticas se hayan sobreescitado de una manera alarmante.

La muerte del Emperador Napoleon sería hoy un suceso que produciría una horrible catástrofe en Europa, preludio tal vez de un porvenir mas tranquilo y mas venturoso que el presente. También se dice que el Emperador de Rusia sufre una enfermedad, acerca de la cual los médicos guardan el mas profundo secreto.

Ello es evidente que todos estos personajes, adalides mas ó menos encubiertos de la Revolución, tienen que morir, y pronto. Las instituciones que dejan tras de sí son endebles, y caerán al mas leve soplo, porque no se han fundado sobre el sólido cimiento de la Iglesia, de esta otra institución que desafía los siglos y que pasa serenamente sobre los cadáveres de los hombres, sobre los cadáveres de sus mismos Pontífices, que no dejan nunca de sucederse unos á otros y de heredar aquella infalible inspiración que Jesucristo les legara.

¡Cuán cierto es que no hay salvación fuera de la Iglesia! Todo es efímero y vano fuera de ella; todo duradero y estable dentro de ella. ¿Qué sería del mundo si, en medio de esta general prevaricación, no existiera el catolicismo para salvar una vez mas á la sociedad agonizante?

* * *

Grandes elogios tributan todos los periódicos católicos de Europa al insigne Obispo de Linz (Austria), monseñor Rudigier, por la apostólica entereza con que ha sostenido los derechos de la Iglesia católica contra las intrusiones del poder civil.

Sabido es que á poco de publicarse en Viena las leyes antireligiosas confeccionadas bajo la dirección de un

ministerio racionalista, el Obispo de Linz dió una Pastoral, señalando la conducta que debían seguir los católicos. Condenó en ella el matrimonio civil, diciendo que es un concubinato; condenó también la educación anti-religiosa, indicando los graves males que se siguen de que la Iglesia no tenga la participación que le corresponde en la enseñanza; apeló al Concordato, diciendo que, como ley del imperio, á él debían atenerse en todo lo posible los católicos; y, en una palabra, condenó todas las invasiones que hizo la autoridad civil en el derecho público eclesiástico.

Pues bien: el gobierno revolucionario de Austria no quiso tolerar este noble y recto proceder, y el Obispo fue llamado á comparecer ante los tribunales; pero Mons. Rudigier se negó á ello, declarando que no reconocía su competencia, y diciendo que solo por la fuerza iría. Presentose en la morada del Obispo el alcalde de la ciudad, que oyó la misma declaración, después de lo cual hizo venir dos agentes de la autoridad, en cuya presencia se vistió el Prelado los hábitos pontificales. Llevado así ante el tribunal, el Obispo no desplegó sus labios mas que para decir que no reconocía la competencia de sus jueces. Volvióse, pues, á su Palacio, condenándosele, en vista de esto, á quince días de prisión, de que fue librado por gracia del Emperador.

Así están las cosas, y el proceso sigue su curso. La prensa liberal ataca furiosamente al Obispo, llamándole ingrato; ingrato, porque al manifestar su reconocimiento al Emperador por no haber permitido que entre en la cárcel (cosa que deseaban los liberales), no se confiesa culpable y legítimamente condenado.

En cuanto tuvo el Obispo noticia de la gracia que le hacía el Emperador, se apresuró á enviarle la expresión de su gratitud, añadiendo, sin embargo, que no reconocía en los tribunales seculares el derecho de juzgar á los Obispos, sobre todo en materias de Religión y de doctrina. Después el Obispo entabló recurso de nulidad, por incompetente, contra el tribunal que le ha procesado.

No es solo el Sr. Obispo de Linz el que ha seguido esta admirable conducta: lo mismo que él han hecho los Prelados de Gratz, de Trento, de San Hipólito, de Brünn, el Cardenal Rauscher y todos los Prelados, en fin, que han tomado parte activa en las protestas contra las leyes *confesionales*.

Su Santidad ha dado á estos insignes varones, y singularmente á Mons. Rudigier, pruebas señaladas de la satisfacción con que les ha visto defender la santa libertad de la Iglesia. Vesé, pues, que no es solo en España donde se atenta contra ella, como tampoco es solo en Austria donde hay Prelados que desafían toda suerte de persecuciones antes que ceder un ápice en lo que de derecho corresponde á la Inmaculada Esposa de Jesucristo.

Los periódicos extranjeros, á este propósito, elogian, como es debido, á los Prelados españoles que han protestado contra el decreto del Sr. Ruiz Zorrilla. *L'Unità Cattolica*, que no ha podido leer mas que la contestación del Sr. Obispo de Jaen, la copia íntegra, encabezándola con grandes alabanzas. Los diarios católicos franceses han calificado de admirable la réplica del señor Cardenal Arzobispo de Santiago.

Las importantes revistas de Roma y de Paris respectivamente, *La Civiltà Cattolica* y la *Revue du Monde*

catholique, no han dicho todavía su opinion acerca de este grave asunto.

Prometemos á nuestros lectores tenerles al corriente de lo que digan aquellas autorizadas publicaciones.

CORRESPONDENCIA ESTRANJERA.

PARIS 3 de setiembre.

Antes de todo, necesito arreglar una cuenta con *La Época*. Supone este apreciable diario que yo he presentado al Rey Carlos VII ya en camino de Madrid, y admira con ese motivo lo que llama mi *impavidez* y *frescura*.

Yo no he hablado, que recuerde, de la entrada del Rey en Madrid, al menos en el corto tiempo en que quiere darme á entender *La Época*, y el comentario es, por tanto, puramente gratuito; pero supongamos que lo hubiera dicho: ¿habría en ello motivo para que se estrañara *La Época*, ni porque real y verdaderamente se señalase evidente imposibilidad en ese hecho, ni porque, caso de existir esa imposibilidad, el colega no haya incurrido nunca en tal optimismo?

¡Imposibilidad! Sin duda parece que la hay, pero no por lo que es imposible á causa de su falta de lógica y de sentido, sino, al contrario, en fuerza de ser lógico y razonable. En España, donde ha sido posible que el marques de Miraflores pasara por gran estadista, Serrano por espejo de lealtad y Prim por tipo de valor; en España, donde se ha podido llamar á Espartero en 1854 después de su espulsion en 1843, y donde pueden demostrar por tercera vez los progresistas desde lo alto del poder que Calígula pudo muy bien hacer lo que hizo; en España todo lo irracional parece posible y aun suele ser probable; por lo cual no es estraño que parezca imposible la única solución que puede sacarnos del caos en que vivimos, dando á los hombres el lugar y los calificativos que merecen, y poniéndoles donde deben estar.

Aparte de esto, la estrañeza de *La Época* es en ella, por otro concepto, inoportuna. Pocos años antes de la caída de doña Isabel, cuando á juicio de *La Época* funcionaba con toda pureza y regularidad el parlamentarismo que, según la misma *Época*, hace inmovibles los tronos, nos contó un día con todos sus pelos y señales la gran ovación que doña Isabel había recibido del pueblo de Madrid al volver de Aranjuez. Por una casualidad habíamos nosotros presenciado la entrada de doña Isabel en medio de la mayor soledad y del mayor silencio; pero no fue lo que mas nos chocó en la relación de *La Época* la reseña de los vítores de la multitud, sino el que se hubiera atrevido á hacerlo hora y media antes de que hubiese podido tener lugar, pues que la leímos en las columnas del colega en el momento mismo en que presenciábamos la entrada. Reconozca, pues, el colega que no ha estado oportuno, ni sobre todo justo; y después de todo, convenga en que puede haber error por exceso de optimismo en anticipar hechos futuros; pero que solo se puede acusar de *impavidez* y *frescura* á quien reseña, como lo contrario de lo que fueron, hechos pasados y por todos sabidos y conocidos con sus verdaderos caracteres.

Por lo demás, hablando ya formalmente y viniendo á los sucesos del día, crea *La Época* que no aventuré nada

ni al decir lo que dije, ni aun cuando hubiera dicho lo que ella ha supuesto. Hablaba en mi última correspondencia, como hablo en esta, condicionalmente, y sostengo, hoy como entonces, que tan pronto como la comunión carlista entre en campaña, y entrará desde el instante en que el Rey se deje ver al frente de sus leales súbditos, la campaña durará muy pocos días, y todas las probabilidades están por que termine entrando el Rey triunfante en Madrid. Y en este punto debo alabar la habilidad de *La Época* en cuanto á desfigurar las cosas, ya que me he detenido en señalar su torpeza al burlarse de sus adversarios.

Nadie mejor que *La Época* sabe que lo que ha sucedido en la Mancha, en Leon, en Valencia y en otras provincias no significa nada respecto de la fuerza de acción de los carlistas, por mas que diga elocuentemente ante Europa que la inmensa mayoría del pueblo español aclama al mismo Rey y quiere la misma ley. No han sido la Mancha, Leon ni Valencia las provincias que desde 1833 hasta 1839 y desde 1847 á 1849 dieron la señal y presentaron la fuerza decisiva de las luchas que nadie ha olvidado; y esto no quiere decir que en valor, y en constancia, y en toda clase de cualidades militares, los hijos de esas provincias no compitan con los de las otras, sino que no pueden, por sus condiciones topográficas, decidir por su solo empuje, y desde el primer momento, una contienda civil. Aquí hemos visto, sin embargo, levantarse aclamando á Carlos VII á los hijos de esas provincias, mientras las otras permanecían tranquilas y silenciosas; aquí, por los caracteres mismos del levantamiento, tan general como poco regularizado, tan espontáneo como poco previsor, está probado que no se obedecía á un plan, sino que se seguía el impulso del corazón; pero *La Época*, tomando la parte por el todo, lo secundario por lo principal, lo que solo es y representa una protesta por una lucha general y decisiva, insiste un día y otro día en decir á sus lectores, por una parte, que ya los carlistas han emprendido con todas sus fuerzas la guerra civil; y por otra, y á medida que las noticias del gobierno presentan dispersas y derrotadas á las partidas, que el movimiento carlista ha sido sofocado, que ha terminado la guerra civil.

Alabamos en esto la habilidad de *La Época*; pero en cuanto á su efecto, dudamos que sea el que el colega espera. Basta el sentido comun para conocer que la campaña, la verdadera campaña carlista, no ha empezado todavía, y conocido esto, el sentido comun dice tambien que si lo que se llama el *gobierno de Madrid* no ha podido, sino echando mano de todos sus recursos y medios de acción, apelando á la tiranía y al terror, vencer á los valerosos manchegos y valencianos, que han sido los primeros en dar el grito salvador para la patria, está ya vencido moralmente, y lo estará de hecho el día en que en todas partes, de veras, con el Rey á la cabeza, se emprenda la campaña; el día en que todos, absolutamente todos los hijos de la Mancha y Leon, obedeciendo al impulso general, imiten á los que, para honra de esas provincias, les han precedido con heroísmo digno de la mayor alabanza. Ahora, como no quiero que *La Época* me vuelva á coger por la palabra, no diré si ese día está próximo ó lejano; basta que sepa el colega, y que sepan todos, que llegará.

Llego tarde para hablar de las exequias que por orden y con asistencia de la Reina Margarita, se han celebrado en la Magdalena por el alma de nuestros amigos, ó noblemente muertos en el campo de batalla, ó inhumanamente fusilados por los sicarios de Prim. Todos nuestros periódicos diarios habrán ya dado su reseña de la ceremonia tan tierna como imponente, y nada puedo añadir á ella, ni siquiera una palabra de gratitud y admiración á la ilustre Princesa por su inspiración noble y cristiana, y por el ejemplo que nos dió en el templo, como antes nos le habia dado fuera de él.

Una palabra no mas sobre otro hecho muy comentado por la prensa de Madrid desde que *La Correspondencia* lo puso en noticia del público. Es tan cierto que la condesa de Morella pasó por aquí en dirección á Biarritz, donde aun se encuentra, como inexacto es cuanto sobre el particular ha dicho la misma *Correspondencia* y otros periódicos que la tienen por oráculo.

EL EPISCOPADO ESPAÑOL Y LA REVOLUCION.

Contestacion del Sr. Obispo de Zamora.

Excmo. Sr.: He recibido el día 11 del corriente el decreto de S. A. el regente del reino, espedido el día 5, y que V. E. se ha servido remitirme para mi conocimiento y efectos consiguientes. Con ser tan graves las disposiciones que contiene, no obstante que sus fundamentos no se entienden conmigo ni con el clero de mi diócesis, no ha podido menos de llamarme la atención su parte espositiva, donde se leen tales aseveraciones ofensivas á una clase respetable del Estado, que esa misma clase, profunda é inmerecidamente lastimada, no puede menos de salir á defenderse por el intermedio de su Prelado, haciendo ver que le es muy gravosa una acusación nacida de la mayor representación del poder público, como fundada en hechos inexactos, por lo menos en cuanto atañe al clero de la diócesis de Zamora. El honor de su ministerio, que necesita conservar ileso para la utilidad de la Iglesia, no menos que del Estado, no consiente pasar ahora en silencio por tan graves inculpaciones como las que le hace V. E. desde las alturas del poder. Hasta ahora, en cuantas se le han dirigido, no pocas ni leves, ha sufrido resignado, aguardando á que, entrando en calma los ánimos, se le hiciese justicia, como al fin viene siempre á dispensársela esa misma opinión pública, cuando los hechos y la verdad han labrado el desengaño. Al presente las acusaciones vienen de muy alto, rodeadas de la solemnidad oficial, y preparando y fundando resoluciones muy graves. Se hace, pues, necesario demostrar que el clero está muy lejos de merecerlas, y aun abrigo la confianza de persuadirlo así á V. E., al gobierno y á S. A. el regente del reino, y que en su virtud se servirán dejar sin efecto las disposiciones del decreto de 5 del corriente.

Incúlpase por V. E. á una clase respetable del Estado, esto es, al clero, que enciende con ardor inusitado y criminal empeño la tea de la discordia para alumbrar los campos de la Península; que donde quiera que los enemigos de nuestras libertades han desplegado su bandera, allí se ha visto la noble figura del sacerdote cató-

lico trocada en paladin de mundanos intereses, y su severo traje en uniforme propio de las fatigas de la guerra; que no deben ser tantas las escaseces que sufre el clero cuando parece averiguado que, salvas las excepciones que sean justas, ha contribuido poderosamente, no solo con sus consejos y escitaciones, sino con recursos propios, á la realizacion del empréstito abierto con el fin de allegar medios para facilitar el triunfo de la causa carlista; que el gobierno ha guardado todos los respetos que una clase tan venerable merece, y se siente fortalecido para recorrer en toda su estension con firme paso la línea que le trazan los deberes de su cargo, el principio de autoridad desconocido, y los intereses públicos.

Con haber agrupado en las líneas anteriores todas las inculpaciones que hace V. E. contra una clase tan venerable como el clero, en su esposicion al regente del reino, pareceme haber quedado del todo desvirtuadas. Una clase tan respetable, ó sea la generalidad del clero, no enciende jamás la tea de la discordia en los pueblos, sino que apacigua mas bien los ánimos, cuando se hallan turbados, porque este es su oficio, su ocupacion permanente y el resultado práctico de las funciones de su ministerio. No se comprenderia de otro modo cómo siempre ha merecido los respetos de todos, aun de los que le miran con desconfianza, por no conocerle bastante, cuando se trata especialmente de los intereses mas caros de las familias, aun de aquellos mismos que tal vez le han ofendido en momentos de ofuscacion. Se guardarian muy bien de poner en las manos del ministro de la Religion católica el honor, el buen nombre, y aun los intereses materiales de sus casas si tuviesen al clero en el concepto de perturbador de los ánimos, y mas aun de promovedor de discordias é incitador á escenas de sangre y fuego, como le supone la frase de que V. E. se vale para pintarle de un solo rasgo.

No: el clero no enciende nunca la tea de la discordia; y porque jamás se ocupa en esto, que es ajeno á su ministerio, no se puede afirmar de él ese ardor inusitado, ni ese empeño criminal, ni menos que pretenda alumbrar con ella los campos de la Península. No hay, y es imposible se presenten, pruebas de imputaciones tan graves. Sucede ciertamente todo lo contrario. Al clero se le acusa, mas ó menos claramente, de que promueve escenas de sangre. Pero aguardamos las piezas que comprueben esas acusaciones, y por dicha del clero, y aun de España, las aguardaremos indefinidamente, porque no existen. Ninguna otra clase del Estado viene siendo mas perjudicada en todo este siglo; y el clero se defiende, ó con el silencio, ó tambien con la pluma, pero en escritos inspirados por la resignacion, si bien nutridos de sólido razonamiento, que ni se ha destruido, ni es destructible, porque se funda en la verdad y en la justicia. Al silencio ha encomendado la defensa de las infinitas calumnias de que ha sido víctima en la prensa; primero, porque era imposible responder á tanto escrito, despues porque es inútil gastar pluma, papel y tiempo para escribir lo que la esperiencia enseña que no se ha de insertar allí donde se estampó la calumnia, y por último, porque el buen sentido de los españoles sabe dar á las acusaciones que se lanzan contra su clero el verdadero valor que tienen, como que por sus ojos y manos ven y tocan todo lo contrario. Y eso mismo ha de suce-

der con las imputaciones que V. E. ha firmado en su esposicion al regente del reino, aun cuando no llegue á ser conocida esta defensa, ni las demas que á los otros Prelados inspire su amor á la Iglesia y al Estado, á su clero y al de toda España.

Asegura V. E. que «donde quiera se ha desplegado la bandera proclamando el retroceso y la tiranía, allí se ha visto al sacerdote, trocado su traje con el de la guerra;» de cuya aseveracion, sentada como hecho notorio, parece querer deducir y probar la acusacion principal; á saber: que «el clero enciende la tea de la discordia para alumbrar los campos de la Península.» Sin embargo de todo, la verdad es que unos pocos eclesiásticos, obrando por su cuenta y riesgo, y con reprobacion de sus compañeros, no pueden traerse como prueba de la participacion del clero en tales levantamientos. Esto es lo cierto; así como lo es que esos hechos solo quedan reducidos á una ligera excepcion, de que no debe hacerse mérito, como no se hace de las otras clases á que pertenecen otros individuos de esas partidas. La razon viene en abono de esta observacion, pues enseña que en el razonamiento no se concluya nunca de lo particular á lo universal.

Doloroso es haber de ocuparse en vindicar al clero de abrigar propósitos de sangre y estragos; pero hay su gloria en defender de inculpacion tan repugnante á una clase que nunca, ni ahora tampoco, ha merecido tan odiosa calificacion. Tambien es amargo por de mas y muy desconsolador el oír afirmar que el clero no sufre escaseces, pues que «parece averiguado haber contribuido con recursos propios á allegar medios para el triunfo de la causa carlista.» Lo que es averiguado mas ciertamente, señor ministro, es que el clero de Zamora, sin escluir las demas diócesis de Castilla, ha llevado y lleva el sufrimiento de la miseria hasta carecer de pan para sacar adelante la vida, y emplearla en asistir á los apestados, despues de haberles entregado el último céntimo, sacado del empeño ó venta de las prendas mas necesarias á su decencia ordinaria. Esto es lo averiguado, como tambien su causa; á saber: el retraso de nueve y diez meses en el pago de sus asignaciones. Si hay amargura como esta, la de carecer de todo, despues de sacrificarlo todo, inclusa la persona, á la obligacion local, á prolongar la vida de los demas, que caen exánimes de hambre, ó de fiebres tifoideas, y al mismo tiempo atribuirle el concurso de dinero para promover una causa política con las armas, déjolo á la consideracion de V. E. Atribúyase mas bien la presencia de alguno que otro sacerdote en las partidas, al despecho, á la fatiga sin fin, y á la desesperacion, si se quiere, despues de haber luchado tenazmente con la miseria, y acaso nos acercaremos á la verdad. El sacerdote, por serlo, no deja de estar sometido á la necesidad de comer; y el sufrir el hambre con resignacion, y sin dejar el puesto, es heroico. La heroicidad no debe imponerse á nadie, ni puede exigírsele por regla general. Y sin embargo, el clero de Zamora, así del obispado como de la provincia, no tiene que lamentarse de un solo eclesiástico que haya tomado parte en esos alzamientos.

Puede, por lo mismo, considerar V. E. cuál será el profundo sentimiento de este clero al verse acusado, nada menos que por el Excmo. señor ministro de Gra-

cia y Justicia, de encender la tea de la discordia para alumbrar los campos de la Península. Sucede todo lo contrario, Excmo. señor. El clero de Zamora, como el de toda España, se ocupa únicamente en las funciones de su ministerio; y no es poco que las desempeñe con la exactitud deseada por la Iglesia, y es bien sabido que esas funciones conducen mas á la paz que á la guerra. Nadie en la sociedad trabaja mas asiduamente que el clero en la quietud de los ánimos, en el sosiego de las pasiones, en la concordia de los afectos de todos los ciudadanos recíprocamente. Nadie que con mas eficacia concurre á promover el orden y la regularidad en las familias. Nadie que mas inculque la obediencia á la autoridad, sin preguntar cómo se llama, ni qué color viste. Y esto sin cesar, en el templo, en la casa de su habitación, en la del vecino, en las calles y en las plazas, de todas maneras, y en todos los tonos, y esto predica su misma persona y su traje. El tal cual orden social que se conserva, despues de las sacudidas que viene atravesando, es debido, Excmo. Sr., á esta constante actitud del clero en los pueblos, porque no hay Guardia civil que alcance á sosegar las pasiones de la multitud esparcida; consíguelo solamente la voz del sacerdote, que habla en nombre de Dios.

Siendo esta, como es, la realidad de las cosas, parece que falta el fundamento al decreto que V. E., sin duda con la mejor intencion, se sirvió formular, para someterlo á la aprobacion del regente del reino. Si el clero se encuentra afligido por el hambre, y calumniado por la prensa y por las pasiones exacerbadas de los partidos, parece que no se le debe añadir mas afliccion recordándole sus deberes, como si no los cumpliera, y hasta el sacrificio. Yo rogaria, y ruego muy encarecidamente á V. E., se digne proponer á S. A. la suspension de los efectos del decreto de 5 del corriente. Creo que así procede y se dispensa justicia á las virtudes que en grado heroico ejercita el dia de hoy el clero español, con admiracion de los extranjeros, que están observando su digna actitud y grande longanimidad y paciencia.

Dios guarde á V. E. muchos años. Zamora 16 de agosto de 1869.—BERNARDO, Obispo de Zamora.—Excmo. señor ministro de Gracia y Justicia.

Esposicion del Sr. Obispo de Osma al regente del reino.

Señor de todo mi respeto: Despues de haber leído con el mas profundo disgusto, el decreto de 5 del corriente, relativo á asuntos eclesiásticos, que me ha sido transmitido pocos dias há por el ministerio de Gracia y Justicia, he pensado que faltaria á una de mis mas estrechas obligaciones si no acudiese al regente del reino en defensa de la libertad é independencia de la Iglesia, y de mi sagrado cargo episcopal, reclamando al efecto contra lo que se dispone en dicho documento, y esponiendo á la vez en breve compendio la doctrina católica acerca de los puntos que aquel abraza, y el deber de un Obispo en vista de los mismos.

Prescindo de la esposicion ó del preámbulo que le precede, y que entrego al criterio de las personas justas y sensatas de dentro y de fuera de España, por mas cansa-

das que deben estar ya de semejantes ataques, así como he entregado mas de una vez otras esposiciones y otros preámbulos, dictados en igual ó parecido estilo, y abundosos en iguales conceptos. Si esas personas están ya hastiadas de leer desde hace no pocos años escritos oficiales y oficiosos de la misma especie que el parto de ingenio que me ocupa, y al que falta en general la primera cualidad de una produccion bella, en su mano está el rechazar el presente que les hago, como en la mia está el ofrecérsele. Dejémosle en todo caso que surta en el público el efecto que en el salon de Cortes producía en 1855 un famoso diputado con solo dar muestras de que iba á hablar.

Si el mayor poder secular de la tierra me viniera con exigencias tales á mí, que respeto todos los poderes legítimos, le diria, por lo mismo que los respeto todos, lo que al Emperador Constancio escribia el grande Osío, Obispo de Córdoba: «Acuérdate de que eres mortal: teme el dia del juicio, y procura conservarte inocente para aquel dia. No te entrometas en asuntos eclesiásticos, ni nos mandes nada respecto de ellos, antes bien aprende de nosotros cuanto á los mismos se refiere. Dios te dió á tí el reino, y á nosotros nos confió las cosas de la Iglesia. Y así como el que te quita el imperio contradice á la ordenacion de Dios, así teme hacerte reo de un gran crimen por atribuirte los asuntos que pertenecen á la Iglesia: está escrito: *Dad al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios.*»

No: el Obispo no puede mover su báculo á voluntad de los poderes del siglo. «Las cosas divinas, contestaba San Ambrosio á Valentiniano II, no están sujetas á la potestad del Emperador... El Emperador está dentro de la Iglesia, no sobre la Iglesia.» El Obispo no puede mover su báculo pastoral sino á impulsos de su propio deber, marcado en la ley de Dios y en los sagrados cánones. Los Obispos, como nos enseña la Sagrada Escritura, estamos puestos por el Espíritu Santo para regir la Iglesia de Dios. En todo lo concerniente á nuestro ministerio no tenemos en la tierra otro superior que el Romano Pontífice, bajo cuya direccion le ejercemos. Es dogma de fe que el Romano Pontífice es el Padre y Doctor de todos los cristianos que tienen la suprema potestad, el primado de honor y jurisdiccion en toda la Iglesia; primado que ninguna potestad puede menoscabar, pues entonces dejaria de ser primado.

El Obispo debe estar lejos de las luchas de tantos partidos como están subiendo y bajando, y volviendo á subir y volviendo á bajar. Así, cualquiera que sean las opiniones políticas de mis diocesanos, á mí me es indiferente para el objeto de mi ministerio, el cual no es otro que el de dirigirles por el camino de la religion, rogando por la felicidad de todos absolutamente.

No puedo ser, pues, una especie de agente de policia, espía, acusador ó delator; este no es mi oficio: mi oficio es el hacer á todos, seglares y eclesiásticos, el bien que pueda, y mal á ninguno, porque á todos los quiero y debo quererlos del mismo modo.

Burgo de Osma 24 de agosto de 1869.—PEDRO MARÍA, Obispo de Osma.

Comunicacion del Sr. Obispo de Tortosa.

Excmo. Sr.: Todavía no ha desaparecido la impresion dolorosa que produjo en mi ánimo la lectura del decreto del 5 y de la esposicion que le precede, que recibí por el correo del 12. En hora buena que el gobierno trate de sostener, por los medios que estén en sus manos, el orden de cosas creado por el alzamiento de setiembre, y que para el fin no guarde consideraciones indebidas á clases ni á personas; pero que se diga del clero, como se hace en los documentos citados, no diré yo que no se comprende, porque hartas cosas hemos visto en nuestros días para que las comprendamos todas; pero no me parece poderlo dejar pasar sin exhalar siquiera una sentida y respetuosa queja. El clero, que no tomó parte en la revolucion de setiembre, porque no debia ni podia, pero que no la puso obstáculo de ningun género; que, á pesar de algunas escasas y muy vanas apariencias, habia sido la clase mas desatendida por todas las anteriores situaciones, inclusa la que desapareció de resultas de aquel movimiento, fue, sin embargo, la primera, si no la única, víctima, y ha venido siéndolo desde aquella fecha, no solo en sus personas é intereses materiales, que esto seria poca cosa, sino principalmente en su honra y en los derechos é intereses de la Religion, de la que es la genuina y permanente representacion. Y el clero, que ha sufrido con sin igual paciencia, desplegando únicamente una que otra vez sus labios para formular una respetuosa súplica ó una tímida protesta, es ahora tratado de la manera mas dura; se dictan contra él disposiciones excepcionales, y para colmar la medida se arroja todo al público de lo alto de la silla ministerial. Y esto ¿por qué?

«Porque gran número de sacerdotes han declarado desde el púlpito, y en todas partes, guerra sin tregua al gobierno establecido.»

Así se dice en la esposicion.

Pero esto, Excmo. Sr., lo habrán dicho algunas autoridades, y lo han propalado muchos periódicos; mas la verdad es que ninguna de las pocas, dos ó tres delaciones, que bajo este concepto han tenido lugar hasta ahora en la diócesi de Tortosa, ha resultado fundada, apareciendo en alguna muy de manifiesto la mala voluntad del denunciador. Por lo que toca á mi diócesi, no puedo consentir en que el clero quede bajo el peso de aquella acusacion.

«Porque el clero, se añade, toma parte en el empréstito carlista.» Si alguno ó algunos eclesiasticos de mi diócesi lo han hecho, á mí no me consta, y aseguro á V. E. que ni han tomado la vénia del Obispo, ni le han consultado; y aprovecho esta ocasion para protestar contra la especie que ha echado á volar un periódico de que el Obispo y el cabildo de Tortosa se han suscrito por la cantidad de cuatro mil duros. Es una calumnia, es una infamia. Yo bien sé de dónde parten este y otros tiros igualmente traidores. Al empréstito de mil millones de 27 de octubre nos suscribimos. Esta es la verdad.

«Porque donde quiera han desplegado su bandera los enemigos de la libertad, allí se ha visto trocada la noble figura del sacerdote católico en paladin de mundanos intereses.» Pero este sacerdote católico trocado en guerrero, no será de la diócesi de Tortosa. Y sentiria en el alma que jamás hubiese uno, lo que, á Dios gracias, ahora no

sucede. Hasta la idea de la pura posibilidad me ofende y contrista.

Dice V. E. que los hombres que componen el gobierno de la nacion rinden un tributo de veneracion y respeto á la importante clase eclesiástica. Así será, sin duda; pero menester es reconocer que los documentos de que estoy ocupándome, lanzados al público sin necesidad, y hasta en perjuicio del objeto que debe haberse propuesto el gobierno, no realzan en manera alguna ese tributo, puesto que los cargos, que al fin podrán ser merecidos unánimemente por algunas individualidades, hieren en realidad á la totalidad, lo cual, no solo no le ha de conciliar veneracion y respeto, sino que es muy posible sirva para escitar contra ella el odio y las iras populares. ¡Ah, señor ministro! y guárdeme Dios de ofender en lo mas mínimo á V. E.

El día, quizás no lejano segun la atmósfera que va creándose en muchas localidades, en que gentes estraviadas se lancen á horrores cuya perspectiva, vista en lontananza, hace estremecer, ¡qué remordimientos tan vivos despedazarán los honrados corazones de todas aquellas personas que tengan motivos para temer que, sin pensarlo ni quererlo, han podido dar ocasion á ellos, aunque no sea sino con una palabra menos circunspecta!

El Obispo de Tortosa no ha hecho ninguna observacion al gobierno acerca del enorme atraso en que está el pago de las obligaciones eclesiásticas; por tanto, ni se queja ni hace cargos. Debo, sin embargo, manifestar que los motivos por que he guardado silencio, son el de repugnarme siempre molestar á las autoridades, y doblemente si ha de ser por intereses materiales y dinero; y, en fin, la conviccion de que aunque las necesidades del clero y del culto son grandes, y pronto serán extremas, no veia que mis reclamaciones hubiesen de remediarlas en el actual estado de cosas; visto que ya viene de muy atras y se ha hecho crónico el achaque de tener postergado al clero, mientras se paga al corriente, ó por cierto con preferencia marcada, á las demas clases.

Varias son las reclamaciones que tengo elevadas al ministerio de Gracia y Justicia sobre asuntos que no son de dinero; una de 28 de octubre de 1868 pidiendo la devolucion de uno, á lo menos, de los dos Seminarios de que por un acto de arbitrariedad que irrita se apoderó la junta revolucionaria; una segunda de 2 de diciembre solicitando la revocacion de otra medida mas arbitraria todavia de la misma junta, que prohibió con fútiles pretextos los actos de culto público fuera de los templos, hasta el llevar con luces el Santísimo Viático; y otras que es inútil enumerar, sin que haya merecido tan solo una palabra de contestacion. Esto bien comprende V. E. que no habia de alentarme en aquel camino, y que si ha sido lamentable para la Iglesia, no ha sido ventajoso para el Estado.

Creo necesario decirlo. Si se me hubiese atendido, como en mi concepto era justo, colocándoseme por medio de algunas medidas reparadoras en actitud de poderme dirigir al clero y pueblo con la dignidad de una posicion desembarazada, y desde la altura de que las injustas disposiciones de la junta, no enmendadas por quien podia, me habian precipitado; si el gobierno hubiese escuchado los ruegos y consejos que en mi lealtad y buen celo por el bien público creí podia insinuar en

la comunicacion de 18 del mismo diciembre, yo hubiese en las actuales circunstancias esperado de la Pastoral de que tengo el honor de remitir á V. E. un ejemplar impreso, un resultado mayor, y hasta hubiera podido emplear en ella frases de mas efecto.

Y permítame, Excmo. Sr., reproducir en parte lo que en la citada comunicacion dije: «Puedo asegurar á V. E. que no tengo conocimiento de que los individuos de mi clero hayan faltado á los deberes de su mision de paz, caridad y obediencia, al paso que es una triste verdad que algunos párrocos, sin ningun motivo justificado, han sido arrojados de sus feligresías por las juntas revolucionarias; que algunos han tenido que abandonarlas para sustraerse á inminentes peligros; y en fin, que otros muy dignos se verán precisados á hacer otro tanto si el gobierno provisional no dicta pronto medidas que contengan la malevolencia de algunas personas que á todo se atreven. Comprendo que este estado de cosas produce mal efecto, y que es un grande obstáculo para la consolidacion del órden público; pero V. E. comprenderá tambien que no seria justo culpar por ello á los eclesiásticos que son víctimas y no causantes, y que no desean sino que se les deje regresar á sus parroquias, ó permanecer pacíficamente en ellas cumpliendo los deberes de su cargo.» Lo que á la sazón era verdad, lo es ahora, y mis tristes previsiones se han igualmente realizado. El clero ha continuado bajo la presion de las mismas angustiosas circunstancias, pero no ha desmentido su sensatez y cordura. De aquí es que no he debido to-

mar medidas represivas, y lamento vivamente que el gobierno haya adoptado la durísima de borrar de las nóminas á los curas de Todolella y Ginestar, y al coadjutor de esta última parroquia, que si se han ausentado de sus parroquias no ha sido por voluntad, sino por sustraerse á los atropellos á que se veian espuestos; y ruego á V. E. se sirva mandar que sean repuestos en las mismas hasta que, si hay motivo, se les elimine por las reglas canónicas; y en fin, que se digne adoptar medidas eficaces para la seguridad de los individuos del clero, y para que por las autoridades subalternas sean tratados como corresponde.

Yo, Excmo. Sr., no pido impunidad para los culpables; pido tan solo justicia y proteccion para los inocentes, y lo espero de la justificacion de V. E.

Dios guarde á V. E. muchos años. Tortosa 14 de agosto de 1869.—Excmo. Sr.—**BENITO, Obispo de Tortosa.**
—Excmo. señor ministro de Gracia y Justicia.

ANUNCIOS.

¿PARA QUÉ SIRVE LA RELIGION? por el Rdo. P. Damas, de la Compañía de Jesus, arreglado al español.

Se vende en Palencia, en la biblioteca de la Propaganda católica, á 3 cuartos el ejemplar, á 3 l[1]2 rs. la docena, y á 28 rs. el ciento.

LA IGLESIA Y LOS OBREROS, por E. M.—Se vende en la Propaganda Católica de Palencia, á cuatro cuartos ejemplar, 6 rs. docena y 46 rs. el ciento, dentro de la capital: á 7 rs. docena y 54 rs. el ciento, fuera y franco de porte.

CONDICIONES Y PUNTOS DE SUSCRICION Á LA REVISTA «ALTAR Y TRONO.»

Madrid. En su Administracion, calle del Carbon, núm. 4, cuarto tercero; en la imprenta de *La Esperanza*, calle del Pez, núm. 6, y en las librerías de Olamendi, Aguado, Tejado Hermanos, Lopez, etc.

Provincias. Por medio de los comisionados de la REVISTA, que lo son tambien de *La Esperanza*, ó dirigiéndose á D. Antonio Perez Dubrull, Administrador y editor de la REVISTA, acompañando el importe en libranzas ó letras de fácil cobro, ó en sellos de franqueo si aquello es absolutamente imposible; pero certificando las cartas en que vengan estos, para evitar extravíos.

Ultramar y extranjero. En los puntos siguientes: *Paris*, M. Brachet, rue de l'Abbaye, 8; *Agencia franco-española* de dou C. A. Saavedra, 55, rue Tailbout, y en la *Librería Española*, casa de Mad. C. Denné Schmitz, rue Favart, n.º 2.—*Bayona*, M. Lasserre, rue Orbe, núm. 20.—*Habana*, Sres. M. Lopez y Compañía, D. Ricardo B. Caballero y Compañía, D. José Maria Abraido, calle del Obispo, D. Andrés Graupera, y D. Benito G. Tánago, calle de la Habana, 126.—*Matanzas*, Sres. Sanchez y Compañía.—*Puerto-Principe*, don Carlos Tejeiro.—*Remedios*, D. Santiago Sauri.—*Santiago de Cuba*, D. Juan Perez Dubrull.—*Puerto-Rico*, Sra. Viuda de Gonzalez, y D. Pascasio P. Sancerit.—*Mayagüez*, D. José Miret.—*Ponce*, D. Manuel Lopez.—*Méjico*, Sres. Buxó y Compañía, Portales del Aguila de Oro, y D. Isidoro Devanes.—*Veracruz*, D. Juan Carredano.—*Puebla de los Angeles*, D. Narciso Bassols.—*Merida*, D. Rodolfo Canton.—*Tampico*, Sres. Gutierrez y Vitory.—*Nueva-York*, en la redaccion de *El Cronista*.—*La Guaira*, Sres. Salas y Montemayor.—*Guatemala*, D. Ricardo Escardille.—*Caracas*, D. Cornelio Perozo.—*Cartagena de Indias*, D. Joaquín Velez.—*Bogotá*, Sres. Medina Hermanos.—*Lima*, D. Benito Gil.—*Buenos-Aires*, D. Federico Real y Prado.—*Montevideo*, Sres. D. Gregorio Ibarra y hermano, y D. Hipólito Real y Prado.—*Guayaquil*, A. Lamotta.—*Valparaiso* (Chile), D. Nicasio Ezquerria y D. Orestes L. Tornero.—*Santiago de Chile*, D. A. Raymond.—*Manila*, D. Francisco de Marcaida, Sres. Ramirez y Giraudier, D. Quintin Zalvidea (Santa Cruz), y D. Estéban Plana.

La Revista se publica los dias 5, 13, 20 y 28 de cada mes.

PRECIOS DE SUSCRICION.

EN LA ADMINISTRACION Ó EN LA IMPRENTA DE "LA ESPERANZA."	Madrid y provincias.	Ultramar y extranjero.	POR MEDIO DE LOS LIBREROS Y COMISIONADOS.	Madrid y provincias.	Ultramar y extranjero.
Por un año.....	50 rs.	5 pfs.	Por un año.....	60 rs.	6 pfs.
Por un semestre..	25 >	3 >	Por un semestre..	30 >	3 ½ >
Por un trimestre..	13 >	>	Por un trimestre..	16 >	>

En Madrid podrá hacer la suscripcion, el que así lo prefiera, por medio de los repartidores, á razon de 5 rs. al mes.

REGALO.

Á todo el que se suscriba á la REVISTA abonando el importe de un año, se le regalarán en el acto tres retratos en tarjeta perfectamente fotografiados: uno de busto y otro de cuerpo entero y traje militar del Sr. D. Carlos de Borbon, y otro de busto de su augusta esposa doña Margarita.

El que por tener ya los espresados retratos prefiera una de las dos obras siguientes, elegirá la que guste:
Vidas de los Mártires del Japon y de San Miguel de los Santos, con seis bonitas láminas litografiadas. Ademas contiene una detallada reseña del acto de la canonizacion, y un extracto biográfico de los Prelados españoles que asistieron á aquel grandioso acto.—Consta de 272 páginas de impresion esmerada y correcta.

Diario Cristiano, recopilado por el Dr. D. Miguel Martinez y Sanz.—Contiene el martirologio de cada dia, y la vida de algunos de los Santos que figuran en él, ó bien la esplicacion del misterio que en aquel dia celebra la Iglesia.—Consta de 440 páginas de impresion compacta y esmerada.

Á los señores corresponsales y librereros, tanto de España como del extranjero y Ultramar, que reunan cinco ó mas suscripciones, enviaremos gratis la REVISTA. De igual beneficio participarán tambien los particulares que reunan el mismo número de suscritores.